

El Régimen Liberal

Y

El Régimen Conservador

JUZGADOS

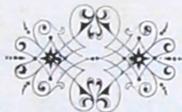
POR SUS OBRAS.

No hay manera de mejorar
las almas, si no se las liberta.

GUIZOT.

La superstición transforma
al hombre en bestia: el fanatismo,
en bestia feroz; y la tiranía,
en bestia de carga.

LA HARPE.



QUITO

Tip. de la Escuela de Artes y Oficios.

1911



ADVERTENCIA

Estas páginas han sido escritas exclusivamente para el pueblo, víctima de todos los engaños y de todas las tiranías; para el pueblo virtuoso y justo, pero crédulo; cuyo criterio extravían los tradicionalistas, falsificando la historia, y hasta la religión y la moral, según conviene á sus ambiciones.

Y, como el pueblo no dispone de mucho tiempo para leer, hemos procurado compendiar una dilatada época histórica; reduciéndola á un relato muy sucinto, sencillo, claro, sin disquisiciones filosóficas ni políticas; en una palabra, nos hemos dirigido al pueblo, como al pueblo debe dirigirse todo escritor que desea ser comprendido.

Las personas ilustradas, los hombres públicos versados en la política y en la historia ecuatorianas, pueden muy bien dejar de leerlos; porque nada nuevo hallarán en nuestro diminuto y descarnado opúsculo.

El obrero que desea conocer la verdad y la justicia; el obrero que no tiene ni libros ni horas desocupadas; el obrero cansado ya de escuchar los embustes y supercherías del tradicionalismo, que nos lea y medite sobre nuestro escrito.

Juicio claro, corazón recto, sentimiento ingénito de justicia, tiene el pueblo; y esto le basta para rectificar sus ideas, y cerciorarse de quiénes son sus genuinos benefactores.



EL

Régimen Liberal y el Régimen Conservador

JUZGADOS POR SUS OBRAS

No anduvo muy descaminado quien dijo que, á la disolución de la Gran Colombia de Bolívar, el Ecuador se había retirado á un Convento.

Pero, para completar su idea, debió añadir que la nueva República prestó albergue, no solamente al monaquismo – enemigo de la luz y del progreso – sino á todos los vicios del sistema colonial: la mano de Flores trasplantó en el Ecuador, el árbol de la tiranía que los Libertadores derribaron; lo cultivó con habilidad y esmero, y muy en breve, obtuvo pingües cosechas de venenosos frutos.

El mismo despotismo brutal y sanguinario que en los tiempos de la Colonia : la misma esclavitud del pensamiento y de la conciencia : el mismo imperio de la voluntad arbitraria del tirano sobre las leyes y la justicia : el mismo embrutecimiento de las masas populares, convertidas en hato inconsciente de ilotas : las mismas cadenas — rompidas en Junín y Ayacucho — recompuestas por la mano de un audaz soldado, al que aún se tiene la bajeza de llamar *Padre de la Patria!*.....

La República fundada por Flores, fue un sarcasmo : la democracia que proclamó el desleal teniente de Bolívar, resultó insulto sangriento á los nobles ideales de esa época de emancipación y libertad, de luz y perfeccionamiento humanos.

¿ Constitución, leyes? — Obra exclusiva de los cómplices del déspota, modelábanse siempre conforme á las conveniencias del Gobierno ; y constituían el pesado grillete que aprisionaba al pueblo, que no la égida protectora é inviolable del ciudadano.

¿ Libertades públicas, derechos individuales, seguridad personal, en la República de Flores? — Ahí están las páginas de la historia de aquellos luctuosos tiempos, destilando lágrimas y sangre ; ahí están los desnudos y profanados cadáveres de los ciudadanos que intentaron sacudir su ignominioso yugo, el nefasto 19 de Octubre ; ahí, balanceándose de horca infamante, un sabio y benemérito extranjero, sólo porque simpatizaba con la causa de la libertad ecuatoriana ; ahí, la Sociedad de « El Quiteño Libre », grupo de heroicos y nobles ciudadanos, proscritos y perse-

guidos, á sol y sombra, como si se tratara de los peores criminales.

¿ Respeto á la propiedad, honradez en la administración de la Hacienda pública ? — El agio y el peculado constituían operaciones lícitas ; y las exacciones, inicuas y frecuentes, no perdonaban ni á los mismos Libertadores. Sucre — el egregio vencedor en Ayacucho y en Pichincha — apenas tocó en playas ecuatorianas, á su regreso de Bolivia, tuvo que depositar en la *Intendencia de Guerra*, \$ 300 — de los \$ 1.000 que componían todo su caudal — para evitar que fuesen embargados los bienes de su esposa, por orden de Flores ! ¿ Si esto se hacía con Sucre, cuánto más se haría con los demás ciudadanos que no podían ni quejarse contra el tirano ?

¿ Humanidad, civilización, nobleza de sentimientos, en el gobierno del *Padre de la Patria* ? — La salvaje matanza de Miñarica basta y sobra para esbozar la ferocidad y barbarie de la administración floreana ; aunque no estuvieran marcados todos sus pasos con regueros de sangre y ofensas inauditas á la civilización.

¿ Moralidad y virtudes públicas, en aquel gobierno siniestro y oprobioso ? — La corrupción y el engaño, el maquiavelismo y la traición, la venalidad y el fraude, componían los mejores resortes administrativos. Se procuraba corromper á todo el que podía hacerle sombra al tirano ; comprarlo con halagos y promesas, y afiliarlo al bando opresor y dominante. Y cuando fallaban estos medios de *avenimiento*, se le tendían lazos infames al enemigo político ; y se le sacrificaba de modo que el asesinato mismo tuviera alguna

especiosa disculpa. Pero, si la víctima era de gran talla, inaccesible á la corrupción y al engaño, se iba derecho al fin : se apelaba á la sombría encrucijada de Berruecos

¿ Ilustración, adelanto, luces, en aquella éra de vergüenzas y dolores? — Las sombras que envolvían la inteligencia del pueblo durante el gobierno colonial, condensáronse más, si cabía, bajo la dominación floreana. Aventurero iliterato, el *Padre de la República* odiaba por instinto la difusión de las luces ; porque columbraba que los pueblos ilustrados son libres, y no toleran á los tiranos.

El escolasticismo atrofiante, dominaba en las aulas y cerraba herméticamente sus puertas á toda claridad bienhechora. El monaquismo docente mantenía las tinieblas palpables del espíritu ; y lo poquísimo que enseñaba, servía para extraviar la conciencia pública, para estragar el gusto literario y matar la afición á las ciencias.

Tánto era el atraso que — cuando todas las naciones habían coronado de gloria á Galileo y Copérnico, vengándolos ruidosamente de las injusticias y barbarie de la inquisición romana — todavía se enseñaba en Quito la doctrina geocéntrica, como ortodoxa y única verdadera !

La imprenta, foco de luz desde las conquistas de la filosofía moderna, no existía en la República floreana ; ni los libros hallaban entrada en élla, porque el déspota los temía más que á un ejército enemigo. El pueblo analfabeto, embrutecido, maniatado, sin industrias, sin energías, sin vida

racional, gemía en la degradación más espantosa ; y era arrastrado sin piedad á los cuarteles, para sostener á esa misma tiranía que lo mataba.

Y cuando reaccionó el espíritu nacional y derrocó al tirano, éste pretendió vengarse de sus antiguos súbditos, entregándolos de nuevo á la dominación española : Flores añadió al despotismo, la tentativa de traición más infame á la América libre.

He aquí el fatídico abolengo del partido conservador : tiranía y barbarie, degradación y atraso, tinieblas y sangre, fanatismo y crímenes, esclavitud y llanto, formaron la cuna del bando político que tantas desventuras había de causar á la República.



*
* * *

El bando liberticida había sufrido rudos y repetidos golpes, á partir de la caída del General Flores ; pero, se apoderó del poder un hombre superior – si bien de instintos neronianos y una proclividad precursora de males terribles y sin cuento – ; y tomó de su cargo el reconstruir el edificio, dándole estabilidad y solidez, rodeándole de toda clase de seguridades y defensa, de manera que fuese inexpugnable y duradero.

García Moreno fue enemigo declarado de Flores ; pero se aprovechó del sistema floreano, y lo perfeccionó á maravilla, adaptándolo á la perduración de la servidumbre y degradación ecuatorianas.

Vió que, para arraigar hondamente la tiranía, era menester, primero, mantener al pueblo en la más negra oscuridad, paralizándole los órganos mismos de la visión ; que era indispensable

comenzar por aniquilar la razón y la voluntad del gran cautivo, para que desaparecieran de su pecho los sentimientos nobles, los deseos generosos, las aspiraciones levantadas y los anhelos de emancipación y libertad; vió que era urgente divinizar el yugo, á fin de hacerlo intangible y eterno, y echó mano del infame y caduco mecanismo político y social de la edad media.

Apresuróse á robustecer la mancomunidad y alianza del despotismo y el sacerdocio, base y fundamento de la dominación de los peores tiranos. Declaró solidarios los intereses de la clerecía y el sistema político que se proponía cimentar; y obtuvo que el fanatismo religioso se constituyera, así como en guardián y defensa de la tiranía.

Parecióronle muy pocos los genízaros de sotana y cogulla de que podía disponer dentro de la República; y se entregó á la ingrata tarea de importar pacotillas de frailes y monjas, de todos los institutos y reglas, pero siempre con la consigna de cegar y maniatar al pueblo.

Y todo en la República, adquirió ese tinte monástico — sombrío, tétrico, sanguinolento — que distingue las instituciones medioevales; siendo de notarse que el monaquismo importado, le ganó la palma al monaquismo criollo, en el eficaz y rápido desempeño de su criminal cometido.

Desde entonces, no hubo desgracia pública en la que no se divisara una cogulla; y no se abrió brecha alguna en los derechos de la nación, sin que la piqueta no fuese manejada por la mano de un fraile.

Los congresos nacionales se transformaron en concilios eclesiásticos, en los que—previo el consabido *Veni Creator*—se expedían las leyes más bárbaras, más antisociales, más vejatorias á la humanidad y á la civilización. Carta fundamental garciana hubo, en la que los *Padres del concilio* exigieron, como condición para los beneficios de la ciudadanía, que se profesara la religión italiana !

Los obispos, los canónigos, los curas y los jesuítas de levita—que componían la casi totalidad de las Cámaras legislativas—sólo ejercían sus augustas funciones, para mayor gloria de Dios y bien de las almas; sin olvidar, por supuesto, el provecho exclusivo de la *santa alianza* de los opresores y los fanáticos. De aquí resultó que la legislación de aquellos tiempos fuese vaciada en los moldes de la Inquisición y la barbarie; y que todavía nos rijan algunas leyes inhumanas y retrógradas—resto bochornoso de las *sapientes* instituciones de *García el Grande*—que afrentan á la civilización ecuatoriana.

Hasta los concejos municipales eran á modo de sínodos diocesanos: los ediles de tonsura y sotana—naturalmente, según su propio decir, inspirados de manera inmediata por el Espíritu divino—eran los encargados de reglamentar el aseo y el abasto de las poblaciones. ¿En qué no ponía la mano el sacerdocio, durante la dominación del más siniestro de nuestros autócratas?

La escuela era una mera sucursal de la sacristía; y los colegios y universidades, vastos noviciados de monjes sin cogulla.

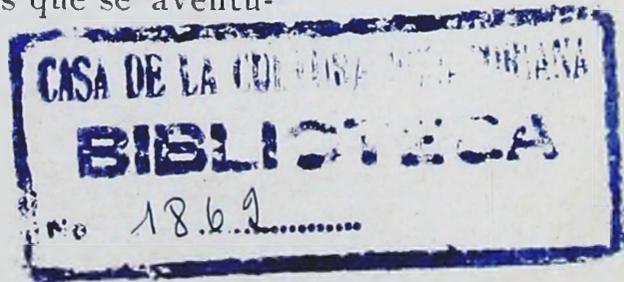
La filosofía moderna y las ciencias experimentales; los descubrimientos de la Astronomía y la Geología, de la Paleontología y la Etnología, etc.; todos los conocimientos que constituyen las conquistas de la inteligencia humana en los dos últimos siglos, contrarios á la revelación y á la fe de Roma; y, por lo mismo, proscritos sin misericordia, de todas las aulas en el Ecuador.

Herejía y sacrilegio, el conservar y leer uno de esos libros bienhechores, que eran contrabando peligrosísimo en aquella época de tinieblas: blasfemia imperdonable, el pronunciar siquiera el nombre de uno de esos sabios que han redimido á la humanidad con sus escritos.

El decomiso de libros, obra meritísima: se entregaban á esta labor inquisitorial, las personas más respetables y circunspectas. Donde daban con algún autor que había merecido la honra de que lo incluyeran en el *Indice*, al fuego con él, sin reclamo ni apelaciones. Y hasta los libros *sospechosos*, las más de las veces, meramente literarios, iban á parar en el brasero; porque no era de andarse en contemplaciones con la diabólica libertad de la prensa, que había puesto al mundo á dedo y medio de la perdición eterna.

Los clérigos y frailes, por lo general, no leían esos libros: no conocían su contenido ni podían juzgar con criterio propio esas doctrinas; pero los condenaban, porque así se lo habían mandado los interesados en privar al pueblo hasta de los más pequeños destellos de luz.

Periódicos no había, sino los que el gobierno y el clero mandaba imprimir: los que se aventu-



raban á publicar sus pensamientos por la prensa, por más que principiaron con la protestación de la fe y con actos de esperanza y caridad, lo pasaban mal, demasiado mal, como luego veremos.

Los prelados autorizaban la adopción de textos de enseñanza, sin exceptuar la Aritmética y la Gramática; pues temían que la herejía se colase dentro de las escuelas y colegios, entre las inofensivas páginas del Nebrija y del Urcullo. Un poco de latín macarrónico; otro poco de filosofía escolástica de lo más abstrusa y enrevesada; uno que otro principio elemental de matemáticas y física; la teología enigmática referente al dogma, y la corruptora y estragante que se relaciona con la moral; he ahí toda la suma de conocimientos que se podía adquirir en los colegios de aquellos tiempos.

García Moreno—hombre habilísimo y de gran inteligencia—propúsose, algún tiempo después, refutar con hechos, á los que ya lo acusaban de mantener ciego y animalizado al pueblo, para seguir dominándolo; y fundó la *Escuela Politécnica*, obra digna de encomio, en nuestra opinión desapasionada. Pero, se cuidó mucho de que no penetraran en la República aquellas ciencias que abren las pupilas de los pueblos, y les muestran en toda su asquerosa desnudez, la superstición y el fanatismo, la esclavitud y la tiranía. Y aun para enseñar Algebra y Geometría, Trigonometría y Geodesia, Botánica y Química, escogió á los jesuitas: no podía el desconfiado *defensor de la fe*, colocar en otras manos la antorcha del magisterio.

El aprendizaje del Derecho era el más restringido; en especial, el de las ciencias políticas; esas ciencias que, iluminando la mente de los pueblos, han revolucionado al mundo y cambiado la faz de las naciones. Como vejetábamos en plena edad media, nuestro único derecho, era el llamado *católico*; es decir, las doctrinas que legitiman la tiranía en nombre de la religión. Derechos naturales del hombre, autonomía individual, soberanía del pueblo, separación de la Iglesia y el Estado, libertades públicas irrestrictas, etc., horrendas blasfemias, dignas de la excomunión y del presidio. Los aliados se estaban ahí, con la espada y el hisopo, para reprimir cualquier avance de la impiedad, y cortarle las alas al espíritu audaz que se atreviese á lanzarse á los espacios de la investigación y la ciencia.

La libertad de asociación, sí que era amplísima; pero, únicamente para las congregaciones piadosas y los institutos monásticos. La *santa libertad* de buscar la gloria eterna por el camino del suicidio místico, de la locura monacal, de la santurronería insensata, de la absurda contradicción á las leyes de la naturaleza, de la hipocresía y de la superstición, de la ociosidad devota y contemplativa; esta libertad de rebelión contra todos los deberes para con la familia y la patria, decimos, no tenía límites en la religiosa administración garciana. Vestir el sayal, era recomendarse á los poderes nacionales, adquirir un derecho á la participación en el manejo de la cosa pública, tornarse inmune y colocar su nombre en las listas del Pritaneo. Ser fraile, era serlo todo: los monjes y monjas gobernaban la República.

La inmigración — tan necesaria en nuestros países para el desarrollo de sus inmensas riquezas — estaba virtualmente prohibida. ¿Cómo se había de permitir la entrada de hábiles trabajadores extranjeros, de útiles elementos de progreso, de abnegados apóstoles de la moderna civilización, si todos ellos podían ser importadores de impiedad y herejía? Cerradas las puertas de la Nación, para los que no comprobasen plenamente su ortodoxia romana, ó no llevasen el bendito pasaporte de la cogulla. Ni los extranjeros se atrevían á poner los pies en una tierra consagrada únicamente al *reinado de Dios*; y en la que no se ofrecía protección alguna al que no fuese católico de cepa legítima y garantizada. Ni sepultura le daban á quien no confesaba y comulgaba; y muchos casos hubo de salvaje profanación de cadáveres humanos, arrojados ignominiosamente á los pudrideros de bestias. El Código civil no concedía los indiscutibles derechos de familia, sino en caso de matrimonio católico: hasta el hecho del nacimiento, no podía comprobarse sino con el certificado parroquial del bautismo. ¿Para qué habían de venir al Ecuador, los inmigrantes que no eran católicos ó frailes?



*
* *

Por estos modos, la República se convirtió en una como *laura* inmensa, sujeta á reglas cuasi monásticas, más ó menos estrechas; y en la que dominaban el Papa con el *Syllabus*, y García Moreno con su voluntad arbitraria.

El pueblo consumía su existencia en ejercicios espirituales y prácticas vanas: iba de iglesia en iglesia, de procesión en procesión, enjalmado con escapularios y medallas piadosas, con cintajos de congregantes y palmas benditas, cantando salmos y letanías, ó el *Te Deum* para dar gracias al cielo, por algún nuevo crimen del tirano.

Y mientras tanto, el taller estaba desierto, el pegujal sin cultivo y estéril, los hijos con hambre, la esposa harapienta, la honra de la familia en peligro, ó ya vendida por la miseria. Pero, ¿qué importaba todo esto, si la piedad y la devoción crecían como espuma, y nos ponían sobre los pueblos más católicos del mundo?



Nadie — ó mejor, casi nadie — pensaba ya sino dentro de los estrechos límites que el monaquismo nos había trazado: no se podía ver ni oír sino lo que los benditos religiosos querían que oyésemos y viésemos. Extender la mirada al través de nuestra cárcel de hierro, pecado imperdonable, causa de perdición eterna: nos hallábamos bien avenidos con esta tiranía mixta, con esta opresión increíble del fraile y del déspota, fusionados y mancomunados para matar á un pueblo.

Nada tenían que temer los aliados. Contentos con su obra, siguieron adelante.

Consagraron la República al Sagrado Corazón de Jesús; y hasta se discutió con mucho calor para cambiar el escudo nacional, sustituyéndolo con la santa efigie, en las banderas, en la moneda y, probablemente, en el papel sellado. ¿Por qué no? Acaso no éramos el *pueblo escogido*, el feudo del Papa, la heredad del Señor?

Al leer la hermosísima sátira de Pérez Galdós — que tan sabrosamente nos describe la *República Iberio-pontificia*, única que contentaría á los godos de nuestra Madre Patria — hemos estado por creer que el gran escritor conocía los detalles de la administración de *García el Grande*; pues, su epigramática ficción iguala por completo á la historia de la dominación conservadora en el Ecuador.

García Moreno y Pío IX se entendían y comprendían á maravilla: eran los representantes augustos de la divinidad, empeñados en llevarnos al cielo, cargaditos de cadenas y por el camino de la degradación y la servidumbre. Al



Papa le importaban poco los padecimientos y la esclavitud de los ecuatorianos; y con tal que la *impiedad moderna* no traspasara los umbrales de la República del Sagrado Corazón, aprobaba y bendecía de buena gana todos los horrores del despotismo garciano.

García Moreno pudo decir *consumatum est!* — Y con mucha justicia; porque esa época de tinieblas y de sangre, fue la edad de oro del partido conservador.



*
* *

Divinizado el despotismo, amparada la tiranía por la religión, García Moreno se disparó contra toda libertad y fuero, sin reconocer límite á su audacia ni freno alguno á su arbitrariedad insana.

Gimió la República, retorciéndose bajo el látigo de sus verdugos; pero, impotente y débil, hubo de resignarse á la esclavitud más cruel y oprobiosa que puede registrar nuestra historia.

El Presidente proclamó la *insuficiencia* de la Constitución y las leyes, y asumió el carácter de autócrata: la voluntad del tirano fue desde entonces, la única regla de gobierno; dependiendo de élla, la libertad y la vida de los ciudadanos.

García Moreno llevó á la práctica todas las teorías del terror, con una fruición inexplicable en corazón humano: tenía sed de sangre, é hizo del

patíbulo un factor principalísimo é indispensable de la administración.

El Conde de Maistre le habría levantado estatuas, porque era el ideal del *tirano católico*, implacable y feroz, bañado en sangre y agua bendita, y ungido por la mano del sacerdocio. Felipe II y el Duque de Alba no habrían tenido nada que echarle en cara: alma de inquisidor y corazón de fiera, hubiera sido el mejor *pacificador* de herejes, el más esforzado campeón de la fe, allá en los tiempos en que se defendía la religión del Cristo, con la espada y la tea.

Para García Moreno, el verdugo constituía la solución más radical y propia, al tratarse de sus adversarios; y ni ruegos ni lágrimas le hicieron retroceder jamás de sus sanguinarias resoluciones.

Fusiló, á pesar de la justicia y las leyes, á indefensos prisioneros, á personas de mérito indiscutible, á jóvenes extraviados por su amor á la República, aun á campesinos inocentes é inofensivos, como el desgraciado Campoverde.

Y estos sacrificios humanos los ejecutaba con ferocidad tan refinada y repugnante, que no hallamos nada peor en Suetonio y Tácito, inmortalizadores de la crueldad y torpeza de los césares romanos.

En efecto, muy propio de Nerón, eso de asesinar á un padre, después de haberle hecho presenciar el degüello de su hijo, como para aumentar hasta lo sumo, la amargura y la desesperación de la agonía.

Muy propio de Calígula, remitirle á una madre — como herencia sacrílegamente sarcástica — empapadas en sangre, unas pocas monedas que la mano del verdugo retiró de los bolsillos del hijo de aquella infeliz, sacrificado bárbaramente por el tirano.

Muy propio de los césares más crueles, las insepultas víctimas de Jambelí, abandonadas para pasto de los peces y de las aves de rapiña; muy propio de los más desalmados déspotas, arrancar al esposo de los brazos de la esposa sollozante, y fusilarlo sin piedad, destrozando así, dos vidas al mismo tiempo

¡Manes de las víctimas de García Moreno, ya estáis vengados por la conciencia pública, que condena y maldice unánime á vuestro verdugo!

Y el tirano llegó á creer que el fusilamiento era todavía poco, muy poco, para vengarse del patriotismo rebelde á la esclavitud de la patria.

Los campos que blanqueaban con los huesos humanos; las anchas charcas de sangre, cabe los cadalsos políticos; el destierro y el calabozo, el cepo y las cadenas, no bastaban á satisfacer el rencor insaciable de aquella fiera humana.

En su impía demencia, imaginó otros castigos degradantes, inhumanos, salvajes, que unieron la vergüenza al dolor; y la prolongación del martirio, á la muerte de la víctima. Y Juan Borja, patriota esclarecido, sucumbió en el tormento; y el General Ayarza, actor glorioso en la epopeya de nuestra emancipación política, cayó á los golpes del látigo infamador y canallesco.

Jamás estuvo más encadenado el pensamiento ni más amordazada la imprenta : el silencio de los cementerios reinaba en la República del Santísimo Corazón ; y el atrevido que lo interrumpía, al destierro, á la cárcel, al cuartel ó á las selvas del Napo, á perecer en las inclemencias de la naturaleza.

Si algo se imprimía, si algo se leía, era lo que los frailes y el tirano deseaban que se leyera : cartas pastorales, proclamas místicas, sermones del Padre tal ó del Canónigo cual, Bulas de la Cruzada y de Indulto de carnes y lacticinios, protestas contra Víctor Manuel y Garibaldi, vidas de nuevos santos y relatos de novísimos y risibles milagros, y un reducidísimo número de periódicos, católicos y sosos, que lograban publicarse con *licencia del Ordinario*.

Y por su parte, los prelados no se quedaban cortos en la represión de las manifestaciones más insignificantes del pensamiento : la excomunión selló muchos labios que apenas se abrían contra el fanatismo y la servidumbre ; y las prohibiciones más absurdas é injustificables, recaían sobre escritos que de todo podían tener, menos de inmorales y heterodoxos.

El obispo y el déspota - cancerberos implacables del pensamiento - estrechaban más y más cada día los hierros que lo aprisionaban ; de modo que la difusión de las luces, la ilustración de las masas populares, la emancipación de la conciencia, el avance á las esferas de claridad que decimos civilización, de todo punto imposibles en la *laura* de García Moreno, irónicamente llamada República.

La regresión al tiempo colonial fue completa; y para mayor infortunio de los pueblos, el autócrata se indispuso con Colombia, por causas que es mejor mantenerlas en el olvido; y nos arrastró á una guerra insensata y desastrosa, cuyos resultados fueron la vergüenza de Tulcán y de Cuaspud.

Y, como si juzgara que todavía no estaba suficientemente humillado el pabellón de la Patria, entró en tratos infames para vender la autonomía nacional, para traicionar de la peor manera al pueblo que lo toleraba en el poder. Ni el Padre Berthe — en su inverecunda apoteosis del tirano — ha podido negar la autenticidad de las famosas cartas á Trinité; de modo que no fue á culpa de *García el Grande*, el que no pasáramos á ser colonia francesa, sino por la lealtad de Francia que no quiso aceptar las criminales ofertas del tirano.

A pesar de haber jurado solemnemente no ascender de nuevo al poder, lo aceptó — según decía — para continuar la *defensa de la santa religión* y completar la felicidad del pueblo ecuatoriano.

El *concilio garciano* — impropriamente llamado Congreso nacional — resolvió, *ex-cathedra*, que tales juramentos no obligaban en conciencia, porque cedían en perjuicio de la fe y del bien común. El lugarteniente del papa tuvo que someterse á tan sabia decisión teológica; pero aquel perjurio lo mató.



*
* *

Sin embargo, no por macheteado el tirano, feneció con él la tiranía: el árbol maldito había echado tan profundas raíces, que descuajarlo y destruirlo era obra de titanes.

Los sucesores del *Mártir* no le igualaban, ni mucho menos, en dotes de gobierno é inteligencia; pero, siguieron el mismo camino, sin grandes esfuerzos, por el impulso recibido y el orden de cosas que estableciera sólidamente el déspota difunto.

Después de los sangrientos funerales del *hijo predilecto de la iglesia romana*, su espíritu continuó dominando á la República: el machete de Rayo partió el cráneo del opresor, mas no tocó á su pensamiento. Y la opresión, robustecida por la muerte misma de su fundador y apóstol — que la frailecía y el pueblo fanatizado y ciego,

calificaban de *martirio*—mostró nueva vida y fuerzas incontrastables contra las ideas de libertad y progreso.

La sepultura del *Carlomagno ecuatoriano* fue regada con sangre y sellada con sacrificios humanos; y su nombre, santificado y puesto en las dísticas de los confesores del Cristo, vino á ser el símbolo más acabado del fanatismo y la tiranía.

El partido conservador tenía ya un abogado en el cielo; y, por el mismo caso, creyóse poseedor de la protección divina é invencible en sus luchas con la civilización y la democracia.

Y de hecho lo fue; porque todo esfuerzo del patriotismo, todo conato de emancipación, todo anhelo de libertad, escollaban indefectiblemente en la entenebrecida mente del pueblo, bien hallado con las bendecidas cadenas que lo aprisionaban. ¿Cómo libertar á un pueblo que amaba la servidumbre, por deber religioso y para agradecer al Omnipotente? ¿Cómo mostrar la luz á los ciegos, á ojos cuyas pupilas habían sido adredemente paralizadas por el monaquismo?

Regenerar al Ecuador, devolverle el movimiento y la vida, sacarlo del antro tenebroso en que lo sepultaron el despotismo y el sacerdocio, convertirlo en nación libre, en pueblo consciente, ha sido obra colosal, tarea de gigantes; en cuya realización han agotado sus fuerzas varias generaciones que, llevadas de su noble empeño, han ido cayendo en la lucha, pero adelantando siempre en la senda de la rehabilitación nacional.

Guayaquil es un pueblo altivo y valeroso, despreocupado y emprendedor, que odia la servidumbre y el atraso; y ha formado constantemente la vanguardia de los reivindicadores de la libertad. La muerte de García Moreno alentó los ánimos en la ciudad del Guayas; y se creyó allá, que era llegado el momento de sacudir el yugo vergonzoso de la tiranía conservadora.

Borrero — que subió al poder con popularidad inmensa — cometió el error de aferrarse á la *Carta de esclavitud*; y el noble pueblo del *Nueve de Octubre* y del *Seis de Marzo*, alzó la bandera liberal y la puso en manos del General Veintemilla.

Montalvo, Pedro Carbo, Urvina, Eloy Alfaro y otros ilustres patriotas, creyeron haber presenciado el derrumbamiento de las instituciones medioevales y del despotismo garciano, en los campos luctuosos de Galte y los Molinos.

La República respiró y se tuvo por libre; iluminóse el horizonte con los fulgores más brillantes y puros; y los ecuatorianos saludaron alborozados aquella aurora de libertad y progreso.

Empero, Veintemilla no quería regenerar sino dominar: traicionó á los liberales que lo habían elevado, y tiró por el camino del antiguo despotismo.

Fusilar, no fusiló, ciertamente, D. Ignacio; pero, salvo el patíbulo político, siguió, paso tras paso, las negras huellas del tirano macheteado.

La misma mano de hierro en la garganta del pueblo, oprimiéndolo, ahogándolo, matándolo sin piedad ni misericordia.

La misma esclavitud del pensamiento y la conciencia, encerrados en una cárcel tenebrosa y asfixiante, en uno como círculo dantesco, en el que no era lícito ni pronunciar el nombre de la consoladora esperanza.

La imprenta humillada con el látigo en los cuarteles, en donde se degradaba de tan infame manera á los escritores públicos ; la imprenta enmudecida con el calabozo y el destierro ; la imprenta pisoteada por la bota del soldado traidor á su propia bandera.

El mismo predominio de la clerecía ; el mismo embrutecimiento y degradación de las muchedumbres ; el mismo atraso y aislamiento nacional ; los mismos males, los mismos dolores, la misma desesperación de los buenos ecuatorianos : el gobierno de Veintemilla fue la continuación del nefasto gobierno del *Héroe-Mártir*.

Veintemilla cayó ; pero, de la absurda *coalición restauradora*, surgió un tiranuelo deslizado, pero astuto, que puso la monta en imitar todos los vicios de *García el Grande*.

Caamaño tenía los peores instintos de tirano : mas, carecía del genio que agiganta y eleva hasta la altura de la tragedia, la sanguinaria demencia de los déspotas.

Caamaño empequeñeció la tiranía : el raquitismo de su espíritu se reflejó en sus crímenes ; y todo decreció, se hizo más ruin hasta el asesinato.

García Moreno, homicida de talla colosal, habría hallado cabida en las páginas diamantinas y vibrantes, escritas por Tácito y por Suetonio,

los dos grandes trágicos de la Historia ; pero Caamaño, apenas si pudiera hombrearse con bribones de novela, como Arsenio Lupín y Rocambole.

Caamaño fusiló, asesinó, derramó torrentes de sangre ; pero, á modo de criminal vulgar y de encrucijada.

Estableció la *caza humana* contra los llamados *chapulos*, guerrilleros incansables y valerosos que no le dieron un momento de tregua al tiranuelo.

Y los cazadores de hombres sembraron de cadáveres los bosques, dejándolos allí, despedazados á balazos, para saciar el hambre de los cuervos y de las fieras.

A estos crímenes salvajes, perpetrados en el silencio de las selvas, muchas veces en campesinos inermes y desconocidos ; á estas iniquidades anónimas y clandestinas, les faltaba el marco de trágica grandeza de los asesinatos de García Moreno ; les faltaba la luz del sol y la audacia del asesino que asumía la responsabilidad á la faz del mundo, mostrándole con cierto orgullo las manos tintas en sangre ; faltábales la decoración espantosamente sublime de Jambelí, donde el rumor del océano ahogaba los últimos estertores y la maldición postrera de las víctimas inmoladas por el tirano.

Cuando quería vengarse hasta del polvo inanimado de sus enemigos, lo hacía villanamente : arrastrar por las calles el cadáver del heroico Vargas Torres, y sepultarlo al fin en un estercolero, de ningún modo es propio de los grandes tiranos.

Si quería emplear el tormento y dilatar el suplicio y la agonía de sus víctimas, no las inmolaba á la manera de García Moreno á Juan Borja : las infamaba con el rebenque del carcelero, les privaba de luz y de pan, les quitaba el vestido y sumía en las letrinas del Panóptico

Caamaño era el *tirano chico* : pequeño en todo, pero no por ello, menos criminal y execrable.

Si García Moreno persiguió y amordazó la imprenta, Caamaño agregó á la persecución y á la mordaza, la corrupción de los escritores : fue el que creó esta industria de la pluma, consistente en sostener el pro y el contra, según la paga ; en vivir del dicterio y del despedazamiento de la honra ajena, como si dijéramos, á destajo ; en alimentarse con la propia conciencia, engulléndosela en forma de salario, para defender los crímenes y la tiranía.

Especie de padre de mancebía, organizó, amaestró, disciplinó esta laya de desgraciados que convierten su pluma en puñal ; y asesinan por la espalda, en medio de las sombras, con la cara encubierta, como bandoleros.

Caamaño engendró una generación de Pasquinos. Y les entregó el buen nombre de sus enemigos, señalándoles como presa preferida, el santuario del hogar y la honra de las familias.

García mató la imprenta ; y Caamaño la envenenó, la acanalló, la arrastró por el fango, la convirtió en meretriz despreciable y á la vez temible.

Y al escritor que no se dió á partido, al periodista que rechazó el salario, al pensador digno y honrado, declaróles guerra sin cuartel; y los persiguió y encarceló, los disfamó y echó al destierro, sin miramientos ni escrúpulos.

Caamaño fue el tirano pigmeo.

García — en un arrebato de esas pasiones violentas, pero con alas de águila que se anidaban en su pecho — arrastró nuestro glorioso Pabellón por los llanos ensangrentados de Cuaspud y Tulcán; y Caamaño — sugestionado por la avaricia más sórdida, y abusando de la sencillez de Cordero — vendió por ochenta mil libras la Bandera del Iris, deshonorando así á esta Patria que tanto amamos, que tanto debemos amar todos los ecuatorianos!

Aduló á la clerecía, favoreció la superstición y el fanatismo, siguió la tradición ultramontana que había hecho del Ecuador un convento; pero, no llegó, ni con mucho, á las pisadas del *Mártir*.

Este fue para el clero, una figura gigantesca, digna de colocarse al nivel del mismo Constantino; y el otro, apenas si alcanzó á ser *Caballero de san Gregorio*, es decir, algo así como capellán muy subalterno en el *servicio divino*.

Le faltó espíritu y genio para *defender la religión*, á lo García Moreno; y gobernarnos como enviado por Dios, para guardar el *arca santa de la fe*.

Caamaño inició la decadencia del conservatismo.

Era un Gedeón contrahecho, burdamente falsificado, en cuya misión celestial nadie creía, por más vasijas de barro que rompiera.

Todos nos mostrábamos las máculas que lo afeaban; y más que más, las manos puercas, sucias con robín, metidas hasta los codos en negocios repugnantes y feos.

La sisa oficial en los sueldos aun subalternos, especie de annatas y medias annatas civiles, él las inventó; el agio y el peculado — ya ejercidos antes de modo vergonzante — él los transformó en sistema comercial y lícito; las primas en las operaciones rentísticas del Estado, las concesiones por el *cuanto vos disteis*, los contratos simulados, etc., parto son de su fecunda inventiva bursátil.

El conservatismo cargóse de merecido descrédito con estas deshonorosas invenciones de la codicia y la inverecundia; y perdió su tradicional prestigio, aun á los ojos de la gente ignorante y fanática; la que ya no podía persuadirse de que uno como capitán Rolando, fuese el encargado del depósito sacrosanto de la religión del Cristo.

A García Moreno le bastaba mandar un cura á los comicios; y, trátase de su propia reelección ó de cualquier otra candidatura oficial, el voto del pueblo fanatizado era unánime: nadie se atrevía á contradecir la voluntad del hombre de sotana que presidía la farsa electoral, como representante del mismo Dios y del tirano.

Caamaño, así enviase frailes descalzos á trabajar en elecciones, con un crucifijo en la ma-

no, nada consiguiera ya del pueblo rebelde; y le fue preciso fusilar varias veces á las turbas electoras, y bañar en sangre las ánforas del sufragio popular, para lograr sus intentos y políticas combinaciones.

Con Flores Jijón y Cordero continuó el conservatismo bajando la pendiente, abrumado con el peso de sus crímenes y desprestigio; si bien, sin cejar un punto en sus aviesas costumbres y nefario sistema de opresión.

La hora final se acercaba rápidamente; pero, el partido conservador—orgullosa con sus anteriores triunfos—creíase aún vigoroso y fuerte, y no se dió cuenta de que la tierra temblaba á sus pies, y de que los cimientos de la tiranía íbanse desmoronando, hora por hora, sin tregua ni descanso. .



*
* *

Al correr de la pluma, hemos bosquejado ligeramente el cuadro sombrío y lúgubre de la dominación conservadora.

Podíamos pintarlo con su verdadero colorido trágico, deteniéndonos en cada crimen, en cada atentado salvaje, en cada escena sangrienta; señalando, uno por uno, los lívidos cadáveres de las víctimas; dejando oír el concierto funeral de gemidos de agonía, lamentos de dolor, maldiciones y gritos de desesperación, que por tantos años han repercutido en todos los ámbitos de la República.

Podíamos poner delante del lector, ese mar de lágrimas arrancadas por la perversidad del despotismo; y enumerar los huérfanos y las viudas, arrojados á la miseria por la inicua y torpe demencia de los tiranos.

Podíamos tomar un buril candente, y grabar el anatema sobre láminas de bronce, en vez de escribir un pálido relato de los males causados por el conservatismo; lo podíamos, pero hemos preferido ahogar nuestra indignación patriótica y justa, y esbozar apenas la esclavitud ecuatoriana, con la calma y la serenidad propias de la Historia.

¿Cuál de los males que han afligido á la Patria, no ha sido obra exclusiva del partido conservador católico?

El fanatismo religioso, ciego y feroz, desbordándose como torrente de lava, inundándolo y destruyéndolo todo, cubriendo la haz de la República de ruinas y cadáveres, de oscuridad y crímenes, ha sido el auxiliar más poderoso de la dominación conservadora.

Hacer solidarias la religión y la política, mancomunar al sacerdocio y la tiranía, asociar al fraile con el verdugo, engañar y enloquecer á las turbas ignaras y lanzarlas contra los pensadores y patriotas, perseguir de muerte á todo obreiro de la ilustración y el progreso, han sido los resortes políticos de nuestros adversarios.

Y de ahí, la ignorancia oprobiosa é invencible en que ha vejetado el pobre pueblo; de ahí, esos abismos de odio inextinguible que dividen todavía á la familia ecuatoriana; de ahí, el desarrollo de acontecimientos ignominiosos y salvajes que aún están cubriendo de rubor las mejillas de la Patria; de ahí, el atraso y el aislamiento de la Nación, adredemente rezagada en la marcha triunfal de las demás naciones.

El fraile y el tirano, cortándole incesantemente las alas al espíritu nacional, hánnos impedido elevarnos á las fúlgidas regiones de la civilización y el adelanto.

Las derrotas de la Patria, esas horas angustiosas de sangrienta vergüenza, al partido conservador se las debemos: las pasiones desenfrenadas de nuestros tiranos católicos, su falta absoluta de pericia diplomática y dotes militares, nos condujeron á la catástrofe.

Los Tratados perjudiciales, rayanos con la traición, como los llamados Espinosa-Bonifaz, Herrera-García, y otros, obra exclusiva del partido católico; y esos pactos vergonzosos nos han puesto á dos dedos de la ruina, al borde mismo de la muerte de la República.

La hoya amazónica es el Ecuador del porvenir; la rica herencia de las generaciones venideras; la esperanza que abriga el patriotismo ecuatoriano, en sus anhelos de prosperidad y grandeza; y esa región maravillosa y rica, no sólo fue casi olvidada por los gobiernos conservadores, sino que los últimos la pusieron á merced del enemigo.

Pudieron solucionar el gran problema del Amazonas, en circunstancias demasiado favorables, y establecer en mejores tiempos, los límites definitivos de la República — conforme á nuestros títulos que, en aquel entonces, eran reconocidos lealmente por nuestros vecinos —; pero, el conservatismo no pensaba sino en lo presente; en sostenerse en el poder á despecho de la voluntad popular; en perseguir, aprisionar, desterrar, atormentar, infamar, matar, á todos los ciudada-

nos que hacían algo por conseguir una patria libre, próspera y feliz.

Los *defensores de la religión* nada tenían que ver con la futura suerte del Ecuador, ni con la integridad del territorio, ni con lo sagrado del honor nacional: á ellos les importaba únicamente que la *impiedad*, es decir, la civilización, no penetrase en los dominios pontificios de por acá, y derrumbase el solio de la hipocresía y el despotismo.

El fraile no tiene patria; y el gobierno conservador, monacal por naturaleza, carecía del sentimiento sublime que llamamos patriotismo.

Si los susodichos campeones de la fe se acordaban de nuestra región oriental, no era para colonizarla, para llevar á élla inmigrantes extranjeros, para desarrollar la agricultura y las industrias, para convertir esa vasta porción de la patria, en fuente de riqueza pública; sino para entregarla en manos de algunos misioneros, generalmente, ignorantes y codiciosos, fanáticos y reñidos con el espíritu de la civilización moderna.

Por el mismo caso, las tribus bárbaras—explotadas, oprimidas, hostigadas, por el misionero—sin palpar ninguna utilidad práctica de esas predicaciones y adoctrinamiento evangélicos; sin comprender la nueva fe que se les inculcaba—las más de las veces, á la manera del Padre Valverde—se dispersaban por las selvas é iban á buscar albergue en regiones alejadas de la misión.

Las *reducciones de indios* no se componían sino de un pequeño número de salvajes, á los que el

misionero retenía por la fuerza, y procuraba catequizar sin habilidad ni tino; á la vez que emplear en los trabajos más penosos, en beneficio exclusivo del mismo *apóstol*.

Él salvaje del Amazonas, rudo y apasionado de su libertad, rebelde al trabajo y al rompecabezas teológico con que se le atormentaba, hastiado de oraciones que no entendía, y de prácticas piadosas que contrariaban sus hábitos é independencia selvática, rompía sus ligaduras á la primera oportunidad, y huía de los misioneros, como de sus peores enemigos.

Por este modo han fracasado todas las misiones de Oriente; y desaparecido aun las esperanzas que el conservatismo fundaba en los milagros del apostolado en nuestros bosques amazónicos.

A esto se reduce todo lo que quiso hacer el bando católico para asegurar el dominio del Ecuador, en las regiones más ricas y feraces del territorio nacional: creyeron que se podía mantener la soberanía del Estado con la fe que trasladada los montes, y mediante los rosarios y medallitas milagrosas que los jesuitas cambiaban con el polvo de oro, la vainilla y el cautchouc que los salvajes recogían en la extensa soledad de sus dominios.



*
* *

Si el territorio oriental estaba lamentablemente descuidado, no se hallaban mejor atendidas las regiones occidentales: la agricultura rudimentaria y empírica, el comercio restringido y vacilante, las industrias casi desconocidas, la miseria pública cerniéndose sobre el país, á modo de espectro aterrador, nos relegaban al rol de los pueblos más desventurados de la tierra.

Sin vías de comunicación fácil y económica, las dificultades del cambio eran inmensas; sin inmigrantes, sin la justa proporción entre el salario y el trabajo, faltaban brazos para hacer producir las extensas y fértiles comarcas ecuatorianas; sin conocimientos apropiados, ni las labores de la tierra, ni la industria pecuaria, ni los sudores del taller, retribuían convenientemente al operario; y la pobreza invadía todas las clases sociales.

Logreros desalmados — pero decididos defensores de la iglesia — importaban moneda deficiente y aun falsa ; y las dificultades del medio circulante, aumentaban las de nuestra inopia y falta de trabajo.

El mismo vicioso sistema rentístico del Estado, la injusta y antieconómica distribución de los gravámenes, lo defectuoso de la recaudación é inversión de los caudales públicos, los diezmos y las primicias en favor de los eclesiásticos, etc., eran otras tantas trabas para el desarrollo de la riqueza y prosperidad de la Nación.

La raza india — vilipendiada, embrutecida, esclavizada, desde los tiempos de la conquista — no mereció del conservatismo católico ni una mirada de misericordia ; siendo así que los indios, convertidos en hombres, mediante la instrucción y la libertad, habrían sido una fuerza poderosísima para el progreso del país, un elemento nuevo y lleno de vida para nuestra regeneración.

Lejos de pensar en esto, el conservatismo hizo del indio un paria degradado, una como acémila humana ; destinándolo á los más ímprobos trabajos, sin renumeración y sin esperanza de mejor suerte.

Esclavo desde la cuna, la vida del indio ha sido una serie amarga de miserias y dolores ; sin que nadie, absolutamente nadie, se compadeciera de tamaña desventura, si exceptuamos á Urvina — liberal — que abolió el *tributo* que pesaba sobre tan infeliz raza.

Ninguna instrucción, ningún goce inocente en la niñez del indio : el látigo del cura en la *doc-*

trina, que jamás aprendía el desaplicado adolescente; el látigo del amo cruel, en las faenas de la majada: los primeros años del ilota, formaban un martirio continuado.

Crecía el indio y se *concertaba*; es decir, vendía su libertad por toda la vida, por unos cuantos pesos; si es que no había heredado la deuda de su desventurado padre, muerto en la servidumbre.

Desde entonces, dejaba de ser miembro del linaje humano: ninguna consideración, ningún miramiento, ninguna piedad merecía el pobre concierto: el hambre y los harapos, el látigo y el cepo, el grillete y la cárcel, eran su único porvenir, su único destino.

La esposa querida, esclava como él: sus tiernos hijos, nacidos también para la esclavitud más dura. Ni la muerte era poderosa para liberar al indio concierto: la deuda duraba más allá del sepulcro, y gravitaba sobre la infeliz viuda, esclavizaba á los desgraciados hijos del siervo difunto.

He ahí la caridad, la humanidad, la misericordia del conservatismo católico.

¡Y hoy día, una de las mayores acusaciones que dirige al liberalismo, es haber abolido virtualmente el *concierto* de los indios!

Y este ser digno de compasión, este ser cuyo infortunio haría llorar á las fieras, ha sido la víctima escogida por los curas: la escasa cosecha del pegujalito del paria, ese puñado de maíz destinado á matar el hambre de la familia de esclava-

vos, se le arrebatava por el diezmo y la primicia, á título de fiestas religiosas y por derechos de parroquia !

Todo, todo se lo engullía el párroco impío, sin conmoverse con el llanto de esos niños desnudos y menesterosos, ni con la desesperación del padre desventurado, ni con los sollozos convulsivos de la india que, ante el hambre de los hijos de sus entrañas, daba gritos de dolor y desconsuelo.

El cura no tenía corazón.

Moría el esclavo ; y ya estaba ahí, en la choza mortuoria, no para consolar la desgracia ni enjugar las lágrimas de sus feligreses ; sino, como ave de rapiña, como nuncio de nuevas desdichas, para espigar en ese campo de la miseria más espantosa, del infortunio más digno de clemencia.

¿Qué busca el cuervo en la morada del difunto ?

Pues, la oveja mimada de los niños, la vaca que alimenta á la familia, la bayeta que debe cubrir á los huérfanos : dinero no encuentra, alhajas no encuentra ; pues, se lleva lo que hay, lo único que poseen los herederos del siervo ; y todo por la *misa de requiem*, por el responso en el cementerio, por los impíos y sacrílegos derechos de muerto !

He ahí al partido conservador.

¡ Y tiene, hoy día, el cínico descaro de acusar al liberalismo de haber abolido los inicuos derechos parroquiales !

*
* *

El pueblo trabajador, el bajo pueblo, tampoco era más dichoso que el indio: no se concertaba, es verdad; pero, pesaban sobre él, las mismas desventuras.

Ninguna instrucción en la infancia; ninguna protección en la edad adulta; ningún descanso en la vejez: el proletario sufría, más ó menos, los mismos azotes que el indio; y acababa rodeado de miseria y de lamentos, abrumado de privaciones, desesperado ante la imagen de la orfandad y la desventura de su familia.

El taller, amenazado á toda hora por la *recluta* y la falta de trabajo lucrativo; el hogar, sin pan y sin abrigo, sin goces ni consuelos; la vida entera, distribuída entre los padecimientos, el cuartel y las tareas más duras y penosas, no tenía atractivo alguno para el obrero.

El conservatismo había estrechado de tal manera el horizonte de la clase proletaria, que no podía columbrar ningún destello de felicidad, ninguna esperanza de holgura, ningún cambio favorable en su suerte.

La devoción estúpida que se le imponía al trabajador, le había tornado fatalista; y oponía una resignación, cobarde é irracional, á todas las amarguras de su existencia, creyéndolas decretadas por el mismo Dios en su justicia y sabiduría.

El cura lo embrutecía y esquilmbaba.

Para costear las fiestas del año y llenar la hucha del párroco, veíase obligado á milagros de economía: para el pago de las contribuciones sagradas—derechos sobre el amor, sobre el último suspiro—privábales á sus hijos del mendrugo adquirido con días y días de fatiga; y hasta el tiempo destinado al trabajo, tenía que dividirlo y concurrir á los ejercicios espirituales, las pláticas y procesiones, la congregación y la visita al Santísimo, so pena de pasar por hereje é impío, y concitarse la odiosidad del clero, de las autoridades y del vecindario.

La ignorancia, el fanatismo, la miseria, formaban la eterna compañía del proletario; y jamás pensó el partido conservador en buscar un medio de levantar y dignificar el trabajo, ni en llevar un solo rayo de luz á la entenebrecida mente del obrero.

Y como el hambre y la ignorancia son los peores consejeros, muchas veces sucedía que la clase indigente buscaba alivio en el vicio: la

embriaguez, el robo, la prostitución, eran la consecuencia obligada de la angustiosa situación en que yacía el pueblo.

El bando católico lo veía, lo palpaba ; pero se contentaba con rezar y gastar agua bendita, pensando remediar así todas estas desdichas, todos estos males sociales, nacidos exclusivamente del absurdo régimen conservador.



*
* *

Y, mientras las muchedumbres gemían en medio de tantos padecimientos, los más ilustres patriotas, los que habían luchado sin tregua ni descanso por la regeneración y libertad del país, habían caído en la brecha, ó sido arrojados al destierro por la desapiadada mano de los déspotas. Si alguno logró quedarse en la República, lleno de mortal desaliento, contemplaba mudo y taciturno la degradación y ruina de la patria.

Pedro Moncayo sucumbía, víctima de grandes pesares, causados por el malogro de tantos generosos esfuerzos en pró de la República; pero moría, después de trazar con pluma ígnea, la negra historia de nuestros tiranos.

Montalvo, el gran Montalvo, lanzaba rayos desde las playas extranjeras en que devoraba sus larguísimas horas de ostracismo; y su verbo

poderoso, incendiador, resucitante, no cesaba de resonar en nuestro oído, llamándonos á la regeneración y á la vida.

Pedro Carbo, el apóstol del liberalismo ecuatoriano, desalentado y solo, consumíase en silencio, sintiendo en el alma los males de la Patria, al parecer, irremediabilmente perdida.

Los más notables patriotas, repetímoslo, habían caído ya en los combates por la libertad, ó en el patíbulo; y los sobrevivientes, ó gemían en el destierro, ó escondían su patriotismo á las escudriñadoras miradas de los déspotas y de los fanáticos.

Diríase que en tan prolongados años de lucha y sacrificio, las fuerzas del pueblo se habían agotado; que ya no restaba ni una gota de sangre que derramar por la Patria; que todos los corazones habían dejado de palpitar por las públicas libertades; que el fuego sagrado que purifica á las naciones y las hace renacer de sus propias cenizas, estaba apagado y muerto en la República del Santísimo Corazón.

Silencio de muerte, calma aterrante de cementerio, paz sepulcral, reinaban del uno al otro confín de la Patria; interrumpidos únicamente por sollozos apagados, por gemidos de dolor, por murmullos de indignación impotente y estéril.

Sólo Eloy Alfaro, el invencible luchador, mantenía intacta la fe en la victoria final.

Ningún peligro lo intimidaba, ninguna derrota le ocasionaba desaliento, ninguna dificultad lo detenía en su carrera de sacrificios y de gloria.

Era el gran convencido, el irreducible campeón de la libertad que siempre y siempre se dejaba ver en pie, con el pabellón rojo en alto, y á despecho de la adversa fortuna, de la indolencia del pueblo y del furor de los tiranos.

Vencido aquí, — por la inmensa superioridad del enemigo — inmediatamente levantábase allá, con un puñado de héroes, desafiando el poder del despotismo, y señalándose con hazañas dignas de inmortal memoria.

Sus mismos desastres lo cubrían de prestigio y renombre; porque sus reveses eran acciones brillantes, caídas de titán que se alzaba más formidable, golpes de la fortuna que retemplaban más y más el espíritu del patriota.

Alfaro derrochó su fortuna y su sangre en aras de la libertad.

Cien veces se jugó la vida en empresas, cuya temeridad sólo puede disculpar el ardor del patriotismo más acendrado y puro.

Nada puede sintetizar mejor el ánimo indomable y la heroica tenacidad de Alfaro, que la grandiosa y épica derrota de Jaramijó: allí se deja ver el Caudillo, terrible y desafiante la mirada; la espada en alto y tinta en sangre enemiga; rodeado de cadáveres y llamas; perdida hasta la esperanza, pero no el esfuerzo; empeñado en volar con sus propias manos la santabárbara; y, á su pesar, salvado de la muerte por sus compañeros de armas.

Sólo Ricaurte, sepultándose en los escombros de San Mateo, es superior á Eloy Alfaro, comba-

tido por el fuego y las olas ; rodeado de buques enemigos, animosos ya con el triunfo ; y tremolando hasta el último minuto, la bandera roja sobre el débil Alhajuela, incendiado y zozobran- te.

Y, cuando consumidos ya los medios de hacer la guerra á los tiranos, hubo de abandonar la República, se echó sobre los hombros la noble misión de buscar auxilios en el Exterior, para romper el yugo que pesaba sobre sus conciudadanos.

Y recorrió la América, relatando las desventuras de su patria, y conmoviendo á todas las naciones libres con la pintura de la horrorosa esclavitud que nos abrumaba.

Alfaro fue nuestro pensamiento de libertad, desterrado y errante ; el que manifestó á las naciones del Continente americano, las angustias de un pueblo mártir, de un pueblo que, en pleno siglo de libertad y democracia, yacía aherrojado y en garras del más brutal despotismo.

Larga fue la azarosa odisea del egregio vencido ; empero, colmáronle de honores en todas partes, escucháronle con benevolencia, y la opinión del nuevo mundo declaróse contra la tiranía de nuestros verdugos.

Pobre y lleno de amarguras, vivía el proscrito ilustre ; pero, era la protesta, era la esperanza, era la voz de aliento, y por él, únicamente por él, despertó al fin el león y despedazó las cadenas de la Patria.

Treinta años de guerra á todos nuestros opresores, forman el pedestal de gloria para el

General Alfaro; al mismo tiempo que sus títulos indiscutibles á nuestra gratitud eterna.

Muy joven empezó su vida de abnegación y padecimientos: en 1864 recibió su bautismo político, con el desempeño de una delicada y peligrosa misión que le confiara el patriota López Albán, ante el General Urvina que residía en la Capital del Perú.

Cumplida su comisión, tornó á Manabí y levantó bandera por la libertad. En *Los Colorados* sorprendió un destacamento del Gobierno y lo desarmó con sólo una decena de patriotas. Esta hazaña y el prestigio personal del audaz revolucionario, aumentaron rápidamente sus filas; y entonces decidió atacar las fuerzas veteranas terroristas, acantonadas en Manta.

Alfaro llevó su arrojo hasta aprehender al General Francisco Javier Salazar; pero, amagado por fuerzas inmensamente superiores, y sabedor de que la combinación política — á la que obedecía el movimiento de Manabí — había fracasado en el resto de la República, vióse forzado á desistir de su empeño y buscar asilo en extranjeras playas.

Su nombre quedó inscrito entre las víctimas que García Moreno destinaba al sacrificio; pero, su naciente fama, convirtióse en esperanza para los ciudadanos que odiaban el tradicionalismo y la tiranía.

Poco después, Urvina resolvió dar un golpe decisivo al régimen político de García Moreno; y encomendó al joven Alfaro, la difícil tarea de secundar el movimiento en la provincia de Mana-

bí. El comisionado para tan ardua empresa, debía hallar en el puerto de Manta, un buque con fuerzas liberales; pero lo buscó en vano, desde que divisó la costa; y hubo de convencerse de que algo muy grave é inesperado, habíales acontecido á los expedicionarios.

Sin embargo, no se desalentó ni atemorizó con semejante contratiempo: desembarcó, á todo riesgo, y sin saber que García Moreno — descubierta la invasión de Urvina — había ordenado capturar á todos los *sospechosos* que arribaran á dicho puerto.

Ahí se encontraban ya los esbirros del tirano: reconocieron al revolucionario de *Los Colorados*; pero Alfaro — á fuerza de serenidad é ingenio — logró persuadirles de que ya estaba de acuerdo con García, y huyó al momento que lo dejaron libre.

En Montecristi recibió la fatal noticia del desastre de Jambelí; y, perdida toda esperanza de reacción, dirigióse temerariamente á Guayaquil, con el propósito de salir de la República. Amparado por los señores Luzarraga é Ildefonso Coronel, y á favor de un ligero disfraz, consiguió reembarcarse para el Norte; mas, al poner el pie en el navío en que debía salvarse, topó con Tranquilino Montealegre, comisionado para capturarlo.

Nada se le ocultaba al tirano; y sabía ya que Alfaro se hallaba en Guayaquil, de tránsito para Panamá.

Montealegre ordenó que el fugitivo desembarcara en el acto: Alfaro estaba, pues, en las

garras de la fiera — bañada en sangre, pero no ahíta — ; y, por lo mismo, perdido sin remedio.

Resignóse la víctima y se dispuso á volver á tierra; si bien, protestando contra el hecho de confundirlo con la persona á quien el esbirro perseguía.

Sin embargo, cuando parecía no quedarle ninguna esperanza, un suceso inexplicable lo salvó.

En el momento supremo, presentóse el negro Espinal — el mismo que traicionó á Viola y ocasionó la consiguiente matanza de Jambelí — y, después de examinar detenidamente al preso, comparándolo con la filiación que de Alfaro le habían dado, declaró que *el muchacho*, aprehendido por Montealegre, no era el que buscaba Don Gabriel.

Suscitóse, desde luego, una muy acalorada disputa entre los dos esbirros, sobre la identidad del detenido: aquellos momentos fueron de la más angustiosa expectación, no sólo para Alfaro, sino para los pasajeros que tan singular escena presenciaban.

Al fin Montealegre se convenció de su error, y dejó en libertad al prisionero. Las generosas oficiosidades de los viajeros, completaron la obra de aquella casualidad salvadora; y el joven patriota, oculto en la cala del buque, salió de Guayaquil, cuando ya el fatal banquillo y el verdugo lo aguardaban.

Alfaro continuó su peregrinación patriótica; y, cuando en 1871 se trató de proclamar como Jefe Supremo á Piedrahita, envió un considerable número de fusiles, y se dispuso á volver al Ecuador y tomar parte en la arriesgada empresa. Mas,

descubierta y fracasada esta tentativa, prosiguió con el mismo tesón, su infatigable labor de buscar los medios más prontos y eficaces de libertar á su Patria.

Cuando los patriotas se desengañaron de Borrero, regresó Alfaro á Guayaquil; y fue uno de los principales actores en la transformación política del 8 de Setiembre. Distinguióse en la batalla de Galte; y se impuso á sus compañeros de armas, por su bizarría y denuedo, sus ideas liberales avanzadísimas y su ardiente patriotismo.

Fue uno de los primeros en prever la traición de Veintemilla á la causa liberal, y manifestó sin ambages, inmediatamente después del triunfo, la necesidad de enmendar el error que habían cometido, al designar un Caudillo semejante.

Al igual que él, pensaban los principales Jefes del Ejército vencedor; pero, como el General Urvina tenía confianza plena en el liberalismo y firmeza de Veintemilla, no se prestó á las prudentes combinaciones políticas de sus amigos.

Muy pronto consumó su defección el General Veintemilla; y los más distinguidos setembristas fueron víctimas de su credulidad y buena fe. Alfaro tornó al ostracismo; y, unido al insigne Montalvo, declaróle guerra sin tregua al nuevo tirano.

En 1879 lo llamaron á Guayaquil para que se pusiera á la cabeza de la revolución liberal que varios patriotas tenían preparada. Llegó de incógnito; pero, hubo quien lo delatase, y fue reducido á un calabozo, atormentado con grillos é incomunicación absoluta.

Veintemilla le ofreció que lo pondría en libertad, si le empeñaba su palabra de no mezclarse, en adelante, en ninguna conspiración contra el Gobierno. Alfaro le contestó que no podía ni debía hacer tal promesa; y el déspota — iritado en extremo con la entereza del prisionero — mandó que lo encerraran en un lugar in-mundo, llamado *Infiernillo*.

Sin embargo, allí continuó su incansable labor el irreducible Alfaro; y, cuando tenía comprometidos á muchos de sus guardianes y se preparaba un golpe audaz en el cuartel, la delación volvió á echar por tierra todas las esperanzas de libertad. Presos muchos oficiales y sargentos, iban á ser sometidos á Consejo de Guerra; y, ante el peligro de tantos militares amigos suyos, Alfaro se resolvió á firmar una como capitulación; prometiendo salir de la República, con tal que se concediera incondicional y amplia amnistía á todos los presos.

Veintemilla aceptó la condición; y Alfaro se dirigió otra vez al destierro, lleno de amargura y pesadumbre, pero no vencido.

En 1880, Nicanor Arellano fue á buscarlo, de parte de Juan Montalvo, para que dirigiera un movimiento revolucionario, acordado con el Coronel Rendón y otros Jefes de nota. Llegó á Tumaco para encaminarse al Carchi; pero, ya habíase desvanecido la conspiración, y caído todos los planes patrióticos contra la tiranía de Veintemilla.

Sin embargo, ignorante de este fracaso, el Coronel Guedes se pronunció en Esmeraldas; y

Alfaro tuvo que ir en su auxilio, suceda lo que sucediera. Llegó á dicha ciudad, y vió que era imposible hacer que progresara aquel movimiento, sin disponer de los medios más indispensables para sostener la guerra.

Salió en busca de auxilios, y recorrió nuestras costas, desde Esmeraldas hasta Tumbes; pero, en ninguna parte pudo encontrar apoyo efectivo, y dió la vuelta al campamento de Guedes.

Al llegar, halló la nueva de la contrarrevolución, efectuada por el mismo Guedes que deseaba salvarse á toda costa. Grande fue el peligro que Alfaro corrió entonces; pero, su temerario valor lo salvó de los que, desleales y pérfidos, querían comprar el perdón del tirano, presentándole el cadáver del Caudillo liberal.

En 1882 regresó á Esmeraldas, provisto de elementos bélicos, y abrió campaña contra las fuerzas terroristas de aquella provincia. A pesar de los prodigios de valor, hechos por el Caudillo y sus camaradas, la suerte les fue adversa; pero, no por esto disminuyó el entusiasmo de los patriotas ni se desalentó su heroico Jefe.

Al año siguiente se generalizó el movimiento contra la dictadura de Veintemilla; y las armas restauradoras, triunfantes del Carchi al Macará, ocuparon Guayaquil, el histórico 9 de Julio, en que cayó vergonzosamente el Dictador.

Alfaro fue el Jefe Supremo del Litoral; y sin su valioso concurso, preciso es confesarlo, nada habrían podido las fuerzas conservadoras de la sierra.

El Caudillo liberal creyó llegada la hora de realizar sus nobles anhelos de regeneración y progreso; mas, la deslealtad de algunos, la envidia y egoísmo de muchos, y la ciega credulidad de los más, en las falaces promesas del gobierno provisional de Quito, presentáronse como invencible obstáculo, al definitivo triunfo de la causa radical.

Subió Caamaño al poder, y fue necesario principiar de nuevo.

La heroica y asombrosa campaña contra el imitador de García Moreno — llena de episodios épicos, como Jaramijó y el combate de Portoviejo — fue dirigida por Alfaro.

Describir las proezas y sacrificios, las victorias y derrotas, los días de gloria y los días de luto y horror, de aquella larguísima y cruda campaña; nombrar á los valientes y denodados patriotas que se ilustraron en élla, con mil hazañas memorables, ó sellaron con su sangre el pensamiento de libertad ecuatoriana; evocar el recuerdo de tantas y tantas víctimas, cobardemente inmoladas por los genizaros del déspota; contar los dolores y las fatigas, las privaciones y padecimientos de los soldados que han regenerado la Patria, sería engolfarnos en un trabajo muy ajeno á nuestros propósitos.

Historiar la dilatada lucha del liberalismo con el tradicionalismo en el Ecuador, componer nuestro martirologio político y ensalzar las glorias de los paladines de la democracia, no entran en el plan de este pequeño opúsculo: puesto que empresa tan grande, había de requerir mucho tiempo, y escribirse en varios volúmenes,

Lo que hemos querido, es simplemente hacer una muy suscita reseña de los esfuerzos del Partido liberal y su Caudillo, en pro de la regeneración de la República; á fin de establecer comparaciones, y deducir consecuencias de altísima importancia moral y política.

La reñida y sangrienta contienda, entre liberales y tradicionalistas, prosiguió con el mayor encarnizamiento; y, á medida que se acercaba el ansiado desenlace, parecía redoblarse el brío de los combatientes, y que se encruecía la lucha, como si ya no se tratase sino de morir ó salirse con la victoria.

La tregua, en el gobierno de Flores Jijón, fue corta; y los liberales la emplearon de la manera más provechosa: organizáronse y adquirieron unidad y vigor, aumentaron sus prosélitos por medio de la más activa propaganda, en una palabra, preparáronse para la suprema batalla que veían demasiado cercana.

Alfaro no se dió punto de reposo durante los días de la tregua: recurrió á todos los gobiernos liberales de América, buscó simpatías y apoyo en varios países extranjeros, animó y fortaleció á los patriotas ecuatorianos, combinó hábilmente los trabajos políticos, digámoslo, disciplinó la falange regeneradora, y esperó que sonara el providencial momento.

Y esa hora tan esperada, sonó, por fin, en el gran horario de los tiempos; y amaneció el claro día de la resurrección del pueblo ecuatoriano, el glorioso 5 de Junio de 1895; digno de señalarse con diamantes, en la serie de los días clásicos,

*
* *

La batalla de Gatazo dejó triunfante al Partido liberal; pero, no por eso volvió la tranquilidad á la Nación, ni pudo el nuevo gobierno entrar de lleno en las reformas necesarias para el bienestar de los ciudadanos.

El vencido tradicionalismo proclamó la *guerra santa*; y en nombre del Cristo y de su iglesia, levantó las inconscientes turbas contra los principios de la democracia y la libertad del país.

Predicóse la *cruzada*, del uno al otro extremo de la República; y los frailes tribunos infundieron en las muchedumbres fanáticas, el más ciego furor, la crueldad más insana, la sed más inextinguible de la sangre de sus propios hermanos.

Vendiéronse hasta los vasos sagrados y los ornamentos sacerdotales para subvenir á los

gastos de la guerra fratricida ; y se ofreció la palma del martirio y la bienaventuranza eterna, á todos los que muriesen en la contienda.

Cada púlpito se convirtió en tribuna ; cada confesonario, en lugar de enganche ; cada templo, en conciliábulo de conspiradores : no se hablaba ya sino de los degüellos en masa, del exterminio colectivo de los *herejes* y *masones* que se habían apoderado del poder.

El clero señalaba, como dechados de virtud y patriotismo, á Judit y Eleazar, libertadores del pueblo escogido y fiel, guardianes ensangrentados de la Casa del Señor ! . . .

Muchos mansísimos y humildísimos levitas declararon lícitos todos los medios de combatir la herejía y defender la religión : la difamación y la calumnia, el puñal y el veneno, la traición y la alevosía, armas consagradas y puestas sin escrúpulos de conciencia, en manos de los *sanfedistas* del Ecuador.

La predicación de la *santa cruzada* se extendió á las Repúblicas vecinas ; y, empujadas por la frailecía y la codicia de botín, tomaron la cruz hordas enteras de enganchados, y se lanzaron sobre el suelo ecuatoriano, sembrándolo de horrores y de sangre. Los traidores mismos los guiaban con la tea y el cuchillo ; y pagábanles el salario de la invasión y el degüello, con el dinero de los conventos, es decir, con la fortuna del pueblo, destinada á la caridad y al culto.

Manos sacerdotales bendecían las homicidas armas que, en seguida, las ensangrentaba el filibusterismo religioso ; las santas imágenes, las

efigies milagrosas de María — la Madre del amor y de la misericordia — intervenían en los preparativos de aquellos piadosos fratricidios ; las misas de gracias, el Te Deum, esto es, los cánticos á la gloria divina, el sacrificio de paz, la Hostia que sintetiza la unión y la concordia de todos los hijos del Dios grande y sublime, santificaban los horrores de la guerra civil, la más cruel y desapiadada de las humanas desventuras.

Los capuchinos y un obispo fanático — especie de Pedro Hermitaño brutal — no cesaban un instante, allende el Carchi, de alistar cruzados hambrientos, y lanzarlos, como devastadoras avenidas, sobre nuestra desdichada patria, presa de todo género de infortunios.

Las convulsiones agónicas del conservatismo fueron terribles y espantosas : los últimos sacudimientos del monstruo pusieron en el mayor peligro la vida misma de la República. Baste decir que no trepidaron los defensores de la fe, ante la mayor de las infamias : mendigaron auxilio al enemigo tradicional del Ecuador, y organizaron una invasión filibustera en territorio peruano

Los campeones de la religión adoptaron la misma escarapela de los reaccionarios monárquicos en Francia : el *Sagrado Corazón* y el histórico ; *Detente!* — lucían en el pecho y en los sombreros de los *cruzados* ; y — á los gritos de ; *Viva Dios!* *Viva María Santísima!* *Viva la religión!* — emprendían el ataque y la matanza de los que llamaban *herejes*, con furor verdaderamente satánico, con crueldad que rayaba en frenesí sanguinario,

Rematar salvajemente á los heridos, asesinar ó atormentar á los prisioneros, obra de apóstoles, acción digna de los paladines de la cruz : después de la sangrienta jornada, disputábanse el aplauso del clero, alegando cada cual sus impías proezas y el número de sus víctimas.

Clérigo insensato hubo, que se loaba de haber quemado en el combate, todos sus cartuchos ; y dado muerte á varios *enemigos del Señor*, con su propia mano ; y lo decía sin fijarse en que la religión la había ungido sólo para que bendijera y perdonara, para que consolara á sus hermanos y enjugara el llanto de todos los infelices, sin excluir ni al hereje ni al judío, ni á ningún ser humano que necesitase el socorro de la caridad y de la compasión cristianas.

¡ A tánto conduce la pasión religiosa, que transforma en piedad, lo que es impiedad y crimen á los ojos de la moral y de la razón !

Algunos clérigos y frailes enardecían el ánimo del populacho, no ya solamente con predicaciones y pastorales, con promesas de indulgencias y de gloria celestial ; sino por medios inmorales é indignos de quienes alardean de ser los modelos de la virtud y de las buenas costumbres.

Llegaron á organizar en ciertos lugares, verdaderos batallones de mujeres fanatizadas, frenéticas, furibundas destinadas á compartir con los soldados del Cristo, las fatigas de la campaña, como acuciosas y complacientes camaradas. Estas degradadas *amazonas de la cruz*, recibían su ración de aguardiente de manos de su eclesiástico jefe, junto con las medallas benditas y la

consigna del día ; y desparramábanse por las poblaciones, cual místicas bacantes, pisoteando el pudor y la honestidad, insultando descaradamente los sentimientos humanitarios y la misma religión.

La orgía y la sangre las enloquecían más y más, convirtiéndolas en verdaderas furias al servicio de la clerecía ; y hubo ocasiones en que rivalizaron con los más salvajes cruzados, en ferocidad canibalesca, dando muerte á infelices heridos que ya se debatían con las angustias de la agonía.

La Humanidad habría apartado los ojos con horror, de aquellas heroínas del fanatismo y la corrupción ; pero, el clero las aplaudía y premiaba : imitaban á Judit, aunque no fuera sino caricaturesca y asquerosamente, y merecían toda consideración y encomio ; A tal extremo llegó la ceguedad del tradicionalismo, que hasta la prostitución y el libertinaje fueron empleados en la defensa de la religión pura y santa del Crucificado !

Y corrió la sangre á torrentes.

Los ejércitos cruzados se sucedían unos á otros, como bandadas de fieras atacadas de hidrofobia ; á pesar de que se estrellaban siempre en el valor y heroísmo de los soldados liberales. Taya, Tulcán, Las Cabras, Caranqui, Sanancajas, Chambo, Riobamba, Girón, Cebollar, etc., campos luctuosos y cubiertos de osamentas humanas, darán testimonio eterno de la guerra impía que el clero y los tradicionalistas desataron sobre su desventurada patria.

No pararon ya ni ante la traición á la República, y provocaron la guerra internacional con Colombia.

Consiguieron que un General colombiano pasara nuestra frontera con un considerable ejército de línea; y que atacara la plaza fronteriza, débilmente guarnecida.

Los mismos conservadores de los desastres de Cuaspud y Tulcán, volvían á buscar la humillación de la Patria; pero, el heroísmo de los defensores de la honra nacional, rechazó completamente la invasión, y mantuvo muy alto y glorioso el pabellón ecuatoriano.

Empero, las hostilidades estaban rotas; y el tradicionalismo batía palmas, fincando su triunfo en la guerra con la República vecina. Con tal que el Partido liberal cayera, nada les importaba á los *sanfedistas* la ruina y el oprobio de la patria, nada la matanza de sus conciudadanos y la orfandad y miseria de las familias, nada los horrores y las funestísimas consecuencias de toda lucha armada.

Los tradicionalistas habrían preferido que la nación cayese en escombros, que se hundiese en la nada, desapareciendo del mapa de América, á la permanencia de los liberales en el poder: todo, todo lo aceptaban, por amargo y vergonzoso que fuera, menos la libertad y regeneración del pueblo ecuatoriano.

Aferrados al *nihil innovetur* — lema pavoroso y sempiterno del tradicionalismo — los conservadores odiaban de muerte á sus adversarios, cuya bandera de reforma los llenaba de espanto; y ansiaban perderse, morir, renunciar aun á la nacionalidad, á condición de arruinar á los regeneradores de la República.

Deseaban que la guerra cundiese y lo devorase todo: libertadores y pueblo libertado, reformas *impias* y restos de la tradición tiránica, vencidos y vencedores; deseaban que un mar de sangre cubriera la tierra, y ahogara la libertad naciente; deseaban el exterminio de todos, si fuera posible, á fin de que las negras alas de la muerte ocultaran para siempre la derrota y caída del terrorismo garciano.

Impotentes para derrocar al nuevo gobierno, vencidos en todos los campos de batalla, devorados por la nostalgia del poder y del erario, llenos de vergüenza ante el pueblo que principiaba á conocerlos, con sus desnudeces nauseabundas á la luz meridiana, ardiendo en rencores inextinguibles, habían tocado los términos de la desesperación y de la demencia. El mítico suicidio de Sansón habría sido su venganza ideal; la manera mejor de solucionar la situación en que los liberticidas y fanáticos se habían colocado, después del — para ellos nefasto — Cinco de Junio, en que brilló en nuestro horizonte la aurora de la libertad.

Llamaron á la guerra, como á divinidad salvadora de la tiranía; pero la guerra no escuchó tan impío llamamiento. Estuvo de Dios que el conservatismo cayese; y sucumbió, cargado de crímenes y de justísimas y terribles maldiciones.

El Gobierno de Colombia nos mandó un Diplomático distinguido, ajeno á las intrigas del fanatismo religioso, verdaderamente patriota y probo; el que, inspirándose en los más altos deberes de justicia, puso término honroso á los enganchamientos de cruzados, y restableció la armonía y la cordialidad de los dos países, trai-

doramente rompidas por la clerecía y los secuaces del despotismo.

El Protocolo Peralta - Uribe selló la paz con Colombia ; pero, los cruzados de allende el Carchi - viéndose privados de su lucroso porvenir - protestaron contra su Ministro que había evitado tan sagazmente la guerra con el Ecuador ; y lo denigraron en premio de una acción encomiada por todos los estadistas y patriotas de ambas naciones.

Cinco años de guerra incesante y calamitosa ; cinco años de escenas dignas de antropófagos ; cinco años de mantenerse el Gobierno liberal con el arma al brazo y en activísima campaña, impidieron que se efectuaran todas las reformas y todos los bienes que el nuevo régimen se proponía realizar.

Malgastados el tiempo y las entradas del tesoro, las energías y la sangre del pueblo, la guerra religiosa fue un obstáculo para la rápida y eficaz transformación de la República. Los tradicionalistas pueden gloriarse de haber dificultado, en lo posible, el libre avance del carro del progreso ; de haber retardado en algunos años la resurrección y engrandecimiento del pueblo que habían oprimido desde los tiempos de Juan José Flores.



*
* * *

Sólo un sacerdote, el historiador González Suárez, levantó la voz contra el infame medio de combatir al Gobierno liberal con esas hordas de filibusteros que profanaban á la continua el sagrado suelo de la Patria ; y que, lejos de mejorar la suerte del bando caído, la empeoraban, arrastrándolo, de derrota en derrota, de descalabro en descalabro, á su ruina y desprestigio más completos.

El prudente prelado declaró que no era lícito faltar á los deberes para con la Patria, ni aun para defender las creencias religiosas del pueblo ; y que era quebrantar aquellos santos deberes, traer mercenarios extranjeros, ávidos de botín y crímenes, para derramar la sangre ecuatoriana y derrocar un gobierno nacional.

Doctrina tan verdadera, como cristiana, llenó de indignación al tradicionalismo ; y el prela-

do que la sostenía, se vió terriblemente atacado por los fanáticos.

Llegaron á negar la ortodoxía del Obispo historiador ; y lo tacharon de hereje y de apóstata.

Llevaron su infame acusación hasta Roma ; y, si hemos de atenernos á lo que entonces públicamente se decía, hasta pensaron en atentar contra la vida del prelado patriota.

Hemos tenido ocasión de ver una carta del mismo González Suárez, en la que se queja de todo esto ; y pinta con amargura, la injusticia con que lo trataron sus hermanos, sólo porque había cumplido un deber de pastor católico y de ciudadano amante de su patria.

El Obispo de Pasto — predicador infatigable de la cruzada contra el liberalismo ecuatoriano — se descolgó sobre nuestro sabio historiador ; y, en el ardor de la polémica, faltó á las más rudimentales obligaciones de cortesía, y aun de compostura y dignidad personal.

Tan irritado estuvo aquel fraile español, viendo contrariada su obra por un obispo de verdadero espíritu apostólico, que no comprendió lo inconveniente de su actitud ; pues que sus injustísimos ataques á González Suárez, cedían en desprestigio de la mitra misma, y abrían ancha brecha en el respeto que el pueblo creyente guardaba al episcopado.

Pero, la pasión religiosa es la más ciega y loca de las pasiones ; y con demasiada frecuencia, se suicida torpemente, con tal de herir siquiera á su adversario.

Y la revolución liberal del Ecuador había sido llevada á término, sin ningún género de violencias que provocaran semejantes represalias, ni colocaran á las muchedumbres católicas en el caso de ocurrir á los extremos, en defensa de su credo.

Las reformas en nuestro país, hánse realizado lentamente y con la mayor prudencia; y, respetando siempre la religión de las mayorías, la tolerancia más absoluta y amplia, ha sido la norma de conducta del Gobierno radical, en todos sus actos.

Era indispensable y urgente demoler el viejo edificio, y reedificarlo según el espíritu moderno; pero, en la demolición — si se destruyeron los abusos y los baluartes de la superstición y el fanatismo — no se tocó á la fe de las masas populares, ni se invadió para nada el santuario de la conciencia pública.

Libertad de creencias religiosas, protección al culto público de los asociados, emancipación del pensamiento y propaganda libre de todas las ideas beneficiosas á la humanidad, constituyen el lema del liberalismo; y mal podía, al sentar sus reales en el Ecuador, convertirse en tirano de la conciencia del pueblo, despedazando con propia mano la bandera roja que ha redimido al mundo, de todas las tiranías que lo oprimían.

La reforma en el Ecuador, no ha tenido carácter sectario alguno; sino meramente social y político: hemos adoptado las libertades humanas que, conquistadas por la Filosofía y consagradas por la Civilización, han elevado al hombre moderno á la altura que le corresponde.

El liberalismo ecuatoriano ni aprueba ni condena ninguna creencia : por lo contrario, protege y respeta los sentimientos religiosos de todos los ciudadanos, con tal que sean conformes á la moral.

El liberalismo ecuatoriano no es dogmatizador ni fanático ; no persigue ni oprime á nadie ; no impone fe ni culto alguno ; no imita ni puede imitar la intransigencia sacerdotal que tanta sangre ha derramado, so pretexto de sostener la causa de Dios.

El liberalismo ecuatoriano no ha puesto la mano sobre la religión cristiana : el predominio hierático, la intrusión del sacerdote en negocios seculares, la riqueza monástica con sus consecuencias perniciosas, la avaricia de los párrocos, la simonía convertida en comercio público, las prácticas supersticiosas y bárbaras, la intolerancia inquisitorial, la esclavitud de la conciencia, la oscuridad del alma, el grillete del espíritu, no son, no pueden ser, componentes de la religión de Jesús, mártir de la libertad y del amor.

El liberalismo ecuatoriano, decimos, no ha realizado reformas propiamente religiosas ; por más que el clero haya perdido sus grangerías y su predominio, con las nuevas instituciones.

La religión, respetada é incólume, sigue conduciendo libremente al pueblo por los caminos de la moral y la fe ; pero, la clerecía no puede llevar en paciencia que se la haya vuelto al recinto del templo, é impedídole oprimir al pueblo ; pues, cree que sus pasiones y lucro deben ser solidarias, inseparables, parte esencial del cristianismo.

Decirle al cura : « No robes al pobre ; no esquilmes á la oveja enferma ; no le arrebates el mendrugo al huérfano, ni el hallopo á la viuda » ; meterlo en vereda y exigirle que sea digno de la santa librea del Redentor, es atacar la iglesia, perseguir á los fieles, imitar á los peores verdugos de la religión de Jesús !

Decirles á los monjes : « Mirad ; vosotros sois hijos de humildad y pobreza ; debéis dar ejemplo de frugalidad y modestia ; las riquezas que habéis acumulado, merced á la necia credulidad del pueblo, no son vuestras, sino de nuestros hermanos que tienen hambre y vagan por las poblaciones, sin albergue y sin vestido ; mostraos humanos y emplead esos caudales en socorrerlos, con mano generosa y pronta, antes que en fomentar revoluciones y alimentar concupiscencias ; despojaos de lo superfluo, en favor de la humanidad que sufre y que llora ; imitad á Jesús, y dividid vuestro pan y vuestra túnica con los desgraciados ; sed verdaderos frailes, verdaderos sacerdotes, verdaderos cristianos » ; decirles todo esto, es combatir la fe católica, destruir los cimientos mismos de la iglesia !

Decirles á los Obispos : « ¿ Qué hacéis aquí, en los Congresos, en los Municipios, en las rudas campañas de la política, en el estadio ensangrentado de las luchas civiles, en la arena movetizada de los negocios del siglo ; vosotros, discípulos del Cristo, cuyo reino no era de este mundo ; vosotros, que no recibisteis otra misión que la de predicar, amar y bendecir á todos los hombres ? Qué hacéis aquí, olvidados, apartados, de vuestras santísimas y sublimes funciones ?

Volveos al templo ; allí están vuestro trono y vuestro dominio ; allí la esfera de acción que os trazó Jesucristo ; allí, la puerta del cielo, á donde debéis conducir las almas ; sin mezclaros en los intereses mundanales, ni de manera indirecta, porque mancharíais la blanca vestimenta de los ungidos del Señor » — Decirles todo esto á los Obispos, á los Canónigos, al Clero en general, es impiedad horrorosa, sacrilegio inaudito, heregía descomunal, guerra á muerte al Crucificado y á su religión santa !

El liberalismo ecuatoriano no ha dicho sino lo anterior : ¿ dónde la justificación de la guerra sin cuartel que el tradicionalismo nos ha declarado, en nombre del Cristo y de su iglesia ? De consiguiente, guerra injusta, guerra impía, guerra de traidores á la Patria, la que han mantenido los conservadores contra nuestro partido político y las doctrinas que sustenta.



*
* *

Alfaro fue el héroe de todas estas largas y cruentas campañas de la libertad contra el fanatismo y la tiranía.

Bajo su conducta y dirección, realizaron tantas hazañas y obtuvieron triunfos los soldados del liberalismo, en cien campos de batalla, señalados ya en nuestra historia, como testigos formidables contra la tenaz perversidad de nuestros opresores.

El Caudillo liberal contaba para la magna empresa, con tenientes dignos de la bandera que sostenían ; y los Arellanos, los Alfaro, Franco, Moncayo, Morales, Montero, Serrano, Echeverría y otros ciento, ilustraron su nombre y se recomendaron á la posteridad, con sus brillantes hechos de armas y sus servicios positivos á la libertad ecuatoriana.

Alfaro formó el verdadero Ejército de la República : soldados leales y pundonorosos, valientes hasta la temeridad, aguerridos en prolongadas fatigas y en peligros innumerables, convencidos de la santidad de la causa que defienden, alentados por el prestigio que da la victoria, esclavos del deber y la disciplina, instruídos y llenos de abnegación y patriotismo, son el más firme sostén de las conquistas liberales, á la vez que de la seguridad de la Nación.

El Ejército ecuatoriano de hoy, no es la chusma uniformada de ayer.

Compárense las muchedumbres de ilotas que *García el Grande* condujo á los mataderos de Cuaspud y Tulcán, con las brillantes fuerzas de que ahora dispone la República ; y dígasenos, si la diferencia no es inmensa, inconmensurable, bajo todo aspecto.

El Ejército conservador—compuesto de campesinos y obreros ignorantes, sin ideas propias ni convicciones, sin instrucción militar, sin nociones claras de la gloria y del amor á la Patria, arrastrados por la fuerza á los cuarteles y al campo de batalla—debía sucumbir ; y sucumbió, efectivamente, empujado á tanta vergüenza por la insana soberbia del déspota.

El Ejército liberal, por lo contrario—compuesto de ciudadanos patriotas y conscientes, voluntarios y abnegados—ha lavado esas derrotas, rechazando con gloria toda invasión extranjera, y manteniendo siempre enhiesto y firme el sagrado emblema de la Patria.

El Ejército liberal se ha puesto á la altura del más puro é ilustrado patriotismo, siempre y cuando la República ha corrido algún peligro ; y ayer no más, su actitud resuelta y denodada impuso respeto al enemigo que avanzaba ya sobre nuestras fronteras.

El Ejército actual, merece el encomio y la gratitud de los ecuatorianos, porque es el guardián y la defensa de la honra y de la integridad de la Nación, la garantía de los ciudadanos contra las tentativas arteras y constantes del tradicionalismo, el obstáculo permanente para la reacción de la tiranía.

Por el mismo caso, muy explicable que los absolutistas y retrógrados se indignen contra este baluarte inexpugnable, opuesto á sus ambiciones ; pero ¿ los ataques y denuestos que algunos mal aconsejados liberales dirigen al Ejército, qué explicación tienen ?

Que combatan, desprestigien y calumnien á la clase militar, los terroristas y fanáticos vencidos por la espada, muy puesto en su lugar ; que los conspiradores de cogulla — impotentes para reconquistar el poder, mientras haya vigilantes é incorruptibles campeones de la libertad — declamen sin descanso contra el *militarismo imperante*, muy conforme á los intereses y planes de la reacción ; pero ¿ nosotros, los que llevamos la insignia roja, los que hemos compartido con el Ejército las penalidades de la lucha, los más interesados en la estabilidad del liberalismo ? Qué ceguedad nos arrastra ? Qué vesania nos impulsa á destruir el escudo protector de nuestros ideales ?

Y, llevados acaso por resentimientos personales, confundimos lamentablemente aun los términos, para salir avante contra nuestro propósito suicida.

¿Por qué damos el nombre de *militarismo*, á la beneficiosa cooperación del Ejército en la obra de consolidar la paz y las instituciones liberales que tantos sacrificios y desvelos nos han costado? Ignoramos, por ventura, lo que significa el vocablo *militarismo*, cuando tan impropriamente lo aplicamos á la actual situación política?

No hay reforma alguna en beneficio de los pueblos, que no haya sido protegida y cimentada por la espada: desconoce la historia, desconoce la índole misma del hombre, quien sostenga lo contrario.

Los grandes cerebros conciben, perfeccionan y popularizan las ideas salvadoras; pero, esas revoluciones que transforman la sociedad, que producen de sí, la regeneración y engrandecimiento de las naciones, no se realizan jamás sin el concurso de la fuerza.

Todo Estado próspero y bien constituido, tiene ejército: el militar es el brazo de la ley, el encargado de velar por la seguridad pública, el ciudadano listo á sacrificarse por la patria, derramando por élla, hasta la última gota de su sangre.

En los pueblos cultos, en los pueblos grandes, la clase militar es justamente considerada y aplaudida: el soldado cuenta con el aprecio y la admiración de sus conciudadanos; porque es ungido por la gloria y por la gratitud nacional.

Y el Sr. General Alfaro ha puesto todo su empeño en mejorar la condición de la milicia, instruyéndola, disciplinándola, elevándola al rol de los mejores ejércitos de nuestro Continente.

Colegio Militar, Escuela de Clases, Instructores alemanes y chilenos, becas en el Exterior, Reglamentos apropiados, armas modernas y equipos convenientes, todo lo que puede reformar y perfeccionar un ejército, ha implantado y puesto en práctica el Jefe del Estado, en beneficio de los defensores de la República.

Y los admirables progresos en la instrucción y reorganización del Ejército ecuatoriano, están á la vista de todos: hoy contamos con unidades militares, tan brillantes como aguerridas, tan instruídas como valerosas, tan disciplinadas como patriotas; de modo que ningún país civilizado desdeñaría aceptarlas en su ejército.

Compárese, repetimos, el soldado liberal-conocedor de sus deberes, voluntario en el servicio de la Patria, cumplidor de la disciplina por convicción que no por temor del látigo que degrada -; compárese este soldado con el esclavo de otros tiempos - de los tiempos de la dominación conservadora - por lo general, analfabeto, torpe, arrancado por la fuerza de las faenas del taller ó del campo, semidomesticado á golpes de rebenque y con rigores inauditos, abyecto y tímido, en una palabra, incapaz de comprender siquiera la importancia y altura de la profesión de las armas. Hágase la comparación con ánimo prevenido, y á la luz de las verdaderas conveniencias de la Nación, y se palpará cuánto, cuánto ha ganado el Ecuador con el Régimen liberal.

Ya tenemos Ejército, ya podemos defendernos de la injusticia de nuestros enemigos, ya podemos confiar en que, si cae algún día el Pabellón del Iris, ha de ser como un noble sudario, sobre los cadáveres de todos sus defensores.

¿Y por qué se insulta y calumnia al Ejército liberal? Por qué se pide su exterminio en masa, como se hizo en la vieja Turquía con los genizaros?

La respuesta es obvia: el soldado de la libertad es incorruptible y abriga profundas convicciones; el soldado de la libertad no se reconcilia, no transige con las nefandas tradiciones de la opresión y el fanatismo; el soldado de la libertad ama y venera á su Caudillo, rinde verdadera adoración á la Insignia Roja, y está pronto, á todas horas, á sacrificar su vida por los santos principios de la democracia.

El Ejército liberal no puede esperar sino el odio de los perversos y las maldiciones de todos los que desean la reacción del clericalismo y la tiranía: las repetidas y vergonzosas derrotas de los reaccionarios, sus planes tantas veces fracasados, y todas sus esperanzas fallidas, son la causa y el motivo de esa aversión tenaz, de ese rencor satánico, de esa venganza inextinguible, de que vienen siendo víctimas los liberales que llevan espada.



*
* *

Con este Ejército ha redimido al país el General Alfaro ; pero, de su parte, la lucha ha sido leal y noble, magnánima y humanitaria, cual cumplía al portaestandarte del liberalismo civilizador de los pueblos.

Apenas apagado el fragor de la batalla, ya no hay enemigos para el Caudillo de la Regeneración : sus prisioneros, aun los que más le han ofendido, no encuentran en el vencedor, sino hidalguía y caballerosidad, compasión y amparo.

Flores, García Moreno, Caamaño asesinaban al vencido, fusilaban hasta á los reos de tentativa revolucionaria, castigaban ferozmente aun el pensamiento de rebelión. Hall, Echani- que, Albán, Marcos, Bohorques, Robles, Vallejo, Viteri, Maldonado, Vargas Torres, Infante y otros ciento, están ahí, despedazados por el verdugo, dando testimonio de cómo los conservadores trataban á sus prisioneros.

Miñarica y Jambelí, las selvas de Manabí y Esmeraldas, son monumentos imperecederos de la barbarie y ferocidad del partido católico; el que nunca ha dejado de cebarse en los vencidos, degollándolos sobre seguro y para satisfacer únicamente su hambre insaciable de matanza.

No dar cuartel á ninguno, fue la consigna de Flores en Miñarica; y García Moreno y Caamaño imitáronle con creces, hollando todo sentimiento de humanidad y nobleza.

Matar al enemigo vencido, es la política del salvaje — dice un filósofo francés —; pero, nuestros tiranos, en nombre de lo que llamaban *civilización cristiana y defensa de la religión*, proclamaron y sostuvieron esa política de caníbales, esa antropofagía cuasi religiosa, que nos ha inundado de sangre y de oprobio.

Ni siquiera respetaban la rendición del enemigo y la entrega consiguiente de las armas; actos que en todos los países constituyen una garantía inviolable y sagrada para el rendido. El General Sáenz y Don Ignacio Zaldumbide, asesinados al pie mismo de la bandera blanca que debía defenderlos, son una prueba irrefutable de la manera cómo el conservatismo acataba las humanitarias y generosas leyes de la guerra civilizada.

Y — cuando no el patíbulo, friamente levantado después del triunfo, ó el degüello sobre el mismo campo de la derrota — el partido del terror contentábase con el tormento de los prisioneros de guerra: toda laya de ultrajes y hostilidades, los grillos, la barra, el calabozo, el panóptico por doce y dieciséis años, el hambre, la desnudez, la desesperación prolongada y estéril, eran los sustitutos del cadalzo y del degollador.

Y, para dar á todos estos crímenes el aspecto de legalidad, el conservatismo, corruptor y corrompido, profanaba sarcásticamente las formas judiciales: reunía *Consejos de Guerra*, con verdugos de uniforme, dignos del presidio y de la última pena, á quienes se había dado la *consigna de condenar*.

Estos tribunales irrisorios é infames — que el pueblo denominaba *Juntas de despenadores* — obedecían ciegamente al tirano, por más clara que estuviera la inocencia del acusado; y, si alguna vez se atrevían á escuchar la voz de la conciencia, presos iban todos, por *rebeldes y prevaricadores*.

García Moreno hizo venir á pie, desde Cuenca hasta Quito, á los vocales de un Consejo de Guerra que absolvió á ciertos pobres jóvenes que habían cometido la locura de amotinarse contra el Gobernador Carlos Ordóñez, el 15 de Diciembre de 1869; y no paró la saña del tirano, hasta fusilar á tres de esos desgraciados estudiantes, arrastrado sólo por su irresistible afición á la carnicería.

Todas las clases sociales pidieron el perdón de los prisioneros; pero el déspota se mantuvo inexorable, y Heredia, Aguilar y Moreno cayeron sobre el fatal banquillo, atravesados por el plomo fratricida.

Caamaño — el imitador de todo lo malo y perverso de la política garciana — tenía también sus *despenadores* á sueldo, sus asesinos judiciales y viajeros, que acudían al lugar donde había necesidad de inmolar alguna víctima, disfrazando al verdugo con los augustos ropajes de la Justicia.

El Consejo de Guerra de Caamaño era *ambulante*: la misión de asesinar con las formas santificadas por la Ley, no era para todos; y el tirano chico tenía sus *escogidos* á quienes confiar tan inicuo cargo.

Sin embargo, uno de éstos, el Comandante Mariano Vidal, se atrevió á *salvar su voto*, en la infame sentencia que condenó á muerte á Vargas Torres; y por ese acto de loable independenciamiento, hubo de sufrir el referido *vocal traidor*, todas las consecuencias del furor de su amo.

¿Qué defensa, qué justicia cabían ante estos tribunales de sangre, compuestos de asesinos asalariados y abyectos?

La condena era infalible: los tiranos no hacían con el enjuiciamiento, sino agregar al asesinato, la profanación de las leyes, y el sarcasmo más impío á la desgracia de sus víctimas.

Y tan avezados están los conservadores á este linaje de crueldad y salvajismo, que — aun después de caídos del poder, y en su calidad de *revolucionarios* — aprovechándose de las más pasajeras ventajas de la guerra, han dado rienda suelta á sus instintos y puesto en práctica su sistema inquisitorial y canivalesco.

Han tenido prisioneros liberales; y, sin corresponder á la generosidad del Gobierno Regenerador, los han vejado y atormentado de todos modos: grillos, barra, calabozo inmundo, incomunicación, amenazas de muerte á toda hora, insultos y martirio incesantes, como en los buenos tiempos de García Moreno y de Caamaño!

¿Qué no harían, si tornaran á restablecer su dominación en la República?

Y lo dicen con el mayor cinismo, arrojándonos á la cara las más tremendas amenazas, como un reto de muerte.

Unos, escriben que pasearán el patíbulo, del Carchi al Macará, purificando con sangre la tierra que han pisado los liberales; los otros, hablan de exterminio de los *herejes* y *masones*, de degüellos en masa, á fin de que no quede ni resto del partido *enemigo de la religión*.

El asesinato de Alfaro y de los principales miembros del Partido regenerador, es aconsejado en papeles públicos, en alocuciones políticas, hasta en la cátedra sagrada, por clérigos impíos é intonsos.

No hace mucho, la prensa publicó una carta, dirigida por un conservador de pacotilla, á un Ministro de Estado; anunciándole que los tiempos están á las puertas, que la venganza católica se acerca; y que entonces, aun los *justos pagarán por los pecadores, que los hijos tiernos serán colgados de una horca, que las hijas y las esposas serán atropelladas y deshonradas, que se exterminará hasta la familia de los liberales, para vengar al clero hambriento y desacreditado, etc.!*

Aquí, ningún conservador ha reprobado aquella salvaje misiva; y, reproducida en el Exterior, nos ha de poner en la picota del escarnio, presentándonos como un pueblo de antropófagos.

El Ejército liberal — generoso y noble, como su Caudillo — no sirve para esta laya de guerra

exterminadora ; en sus filas todos son valientes y patriotas, y, por lo mismo, no encontraríamos ni un *despenador* cobarde.

¿Qué soldado liberal sería capaz de sacrificar niños y mujeres inocentes, para castigar las opiniones del padre y del esposo ?

Alfaro y sus tenientes han tomado ciudades, á sangre y fuego ; pero, después del último tiro, la vida, la honra y la propiedad de los vencidos, han quedado bajo la protección del vencedor, como derechos sagrados, inviolables é inviolados.

Alfaro y sus tenientes han tenido centenares de prisioneros ; pero, en el mismo campo de batalla, el magnánimo vencedor les ha tendido los brazos, les ha colmado de garantías y atenciones, los ha tratado como hermanos.

¿ Cuántas veces el General Alfaro no ha dado ejemplo de nobleza, distribuyendo dinero y vestidos á los prisioneros de guerra, y poniéndolos en libertad, de seguida ?

Don Pedro Lizaraburo — enemigo irreconciliable del liberalismo, conspirador empedernido y tenaz, partidario decidido del sistema garciano, hasta merecer el dictado de *Pedro el Cruel* — Lizaraburo, decimos, cayó prisionero en Gatazo.

Temblando estaba el infeliz discípulo de García Moreno ; pues no podía ni figurarse que el Caudillo liberal le perdonara la vida, ni que hubiese una política diversa de la suya, que convirtiera al enemigo vencido en persona inviolable y sagrada.

Alfaro se apresuró á calmar el ánimo del pobre Don Pedro : le extendió la mano, departió

jovialmente con él, lo sentó á su mesa, y terminó por dejarlo en completa libertad ; á ciencia cierta de que el empecinado cabecilla continuaría la guerra contra la causa liberal y su Jefe.

Lizarzaburo no podía dar crédito á sus sentidos : creíase entregado á uno de esos halagadores sueños que tan frecuentemente descienden á los calabozos, y al lecho de los condenados á muerte, como una irrisión de la naturaleza, en los momentos más acerbos de la existencia.

Los sangrientos espectros de las víctimas, inmoladas por el conservatismo, revoloteaban en la mente de *Pedro el Cruel*, como pidiendo venganza al Caudillo liberal, con gritos tristísimos, elocuentes, persuasivos, que sólo el prisionero escuchaba ; y el desventurado — quizá bajo el fallo de su propia conciencia — tenía por muerto ; por irremisiblemente fusilado.

La increíble generosidad de Alfaro le volvió á la vida ; y ni el susto, ni la caballerosidad de su adversario, ni los sentimientos de gratitud, fueron suficientemente poderosos para contenerlo en el deber.

Lizarzaburo prosiguió la *guerra santa* ; y volvió á ser perdonado otras veces, hasta que sucumbió ; pero en su lecho, que no en el cadalso que había pedido á voces y merecido por su pertinacia revolucionaria.

Este es Alfaro.

Perdón y olvido ha dicho siempre ; y su lema — propio de los paladines de antaño, de esos caballeros cuya generosidad rayaba en las bellas

ficciones de los poetas — ha sido un poderoso estímulo para que sus enemigos continuaran en la brecha.

Han hecho burla de la magnanimidad del *Viejo Luchador*, lo han escarnecido por su mansedumbre, han convertido en agraz y arrojádole á los ojos, su misma tolerancia; en fin, han puesto toda su habilidad y acucia en vencer la inagotable paciencia del Caudillo liberal, y no lo han conseguido.

Alfaro ha derrocado el patíbulo político para siempre; ha humanizado la guerra civil, feroz y bárbara, de suyo, y más, conforme á las doctrinas del tradicionalismo; ha mejorado el Ejército, haciéndolo incapaz de mancharse con las iniquidades de la milicia terrorista, con esa milicia que inspiraban y manejaban nuestros tiranos carniceros.

Hoy, si no es posible suprimir todos los horrores de las contiendas civiles armadas, la civilización y la humanidad ya no tienen que cubrirse la cara de rubor, ante las matanzas de Miñarica y Jambelí, ante la caza humana militarmente organizada, ante los patíbulos de Maldonado y Viola, ante la horca de Hall y el martirio ignominioso del General Ayarza.

Ya somos civilizados; ya somos cristianos; ya respetamos la vida humana, y no la arrancamos por meras opiniones, por excesos de patriotismo, por extravíos talvez de los más nobles y caros sentimientos, que los que piensan de otra manera, han calificado arbitrariamente de crimen capital.

Y esta inmensa, prodigiosa reforma, la debe el Ecuador al Régimen liberal; la debe a las virtudes y constancia del General Alfaro; la debe á los innumerables y grandes sacrificios de los que han colaborado con la pluma y con la espada, con su fortuna y su sangre, en la obra magna de regenerar la patria.

Bastaría esta única reforma para que el Ecuador actual y las generaciones venideras, bendijeran y aplaudieran al Partido liberal; pues con tan colosal adelanto, nos hemos colocado á la altura de los pueblos más cultos de la tierra.

Pero ¿lo creerán nuestros hijos, cuando lean la historia de hoy? — Los mismos que sirvieron á García Moreno y Caamaño, los que todavía los encomian y endiosan, los que defienden las instituciones negras del tradicionalismo, los peores esbirros y cómplices de las pasadas tiranías; esos que llevaron manchada en sangre la mano, y encorvadas las espaldas de tanto besarles los pies á los déspotas; esos que han vivido con el salario del *despenador* y del verdugo, le llaman *asesino* y *tirano* al Caudillo liberal!

¡Tirano y asesino el más generoso y magnánimo de los ecuatorianos que ha ejercido el supremo poder!

Si Alfaro es tirano ¿qué nombre debemos darles á Flores, García Moreno y Caamaño?

Si el gobierno liberal es despótico y opresor, qué calificativo merece la nefanda dominación conservadora que han sostenido á todo su poder, los mismos que hoy nos hartan de calumnias y denuestos?

Y para salir adelante con sus burdas y torpes acusaciones, inventan hechos, fingen atentados, propalan especies calumniosas; y sostienen su criminal maniobra, á despecho de los más fehacientes testimonios, de las pruebas más claras y evidentes, contra el criterio general de la República, contra todo principio de razón y de justicia.

Diríase que los que llevan sangre en las manos y en la frente, quisieran manchar con élla á todos los demás; que los adoradores del verdugo, desearan obligarnos á rendir también ese culto impío, y afiliarnos por la fuerza en la cofradía del crimen y del asesinato.

Empero, el pueblo, la inmensa mayoría de la Nación, mira con profundo desdén á los calumniadores; y reconoce y agradece los beneficios que el Régimen liberal ha hecho en pro de la humanidad y la civilización.

La calumnia — se ha dicho — es el culto forzado de la envidia al mérito: los tradicionalistas que difaman al General Alfaro y á su partido, los están recomendando á la posteridad, y levantando, sin comprenderlo, el monumento que merecen los regeneradores de la Nación.



*
* *

Vencidos en los campos de batalla, é impotentes para tomarse el desquite á modo de caballeros, los tradicionalistas han hecho de la difamación su arma favorita y envenenada.

Ya dijimos que Caamaño prostituyó la imprenta, poniéndola al servicio exclusivo de Pasquino; pero no hemos dicho todavía, que esa prostitución del mayor elemento de progreso, estaba autorizada por las predicaciones y el ejemplo de los eclesiásticos.

Aun algunos sacerdotes que podríamos decir ilustrados y buenos, creían santo y caritativo el despedazar la honra y emporcar el nombre del prójimo que no pensaba lo mismo que ellos.

Uno de estos buenos clérigos, sostuvo en sus escritos, apoyándose en San Francisco de Sales y otras autoridades de la iglesia, que *es lícito des-*

acreditar cuanto se pueda á los enemigos de la religión, para apartar á los fieles de todo contacto con él, é infundir aversión á sus perniciosas doctrinas....

Poco más ó menos, predicaban lo mismo frailes intonsos y curas de misa y olla; y, muy en breve, la inmoral enseñanza dió la vuelta por la República, aceptada y aplaudida por todos los fanáticos.

Y, como para ellos, eran *enemigos de la religión*, todos los que no estaban en el gremio conservador, resultó que todo un partido político fue arrastrado, por el *celo religioso* de los tradicionalistas, á la picota de Pasquino, para ser azaeteado bárbara y cobardemente, en desagravio de la fe católica!

A falta del brasero, la calumnia; á falta de sambenito y la corozca, el dicterio ruín, el insulto canallesco y soez; á falta del martirio del cuerpo, la inmólación de la honra, la incineración de la buena fama, la muerte del espíritu, pudiéramos decir.

La *caridad católica* resucitó la inquisición en una forma más terrible, más cruel, más villana; y cometió el sacrilegio de transformar á Gutenberg en Torquemada, á la civilizadora imprenta, en tea devastadora y criminal.

En vano el recordarles á estos fanáticos difamadores, las doctrinas de amor, de tolerancia, de caridad sublime que nos dejó Jesús, antes de subir á la cruz, y aun pendiente del afrentoso patíbulo; en vano el citarles la moderación, la lenidad, la mansedumbre de los grandes santos del

cristianismo; en vano el ponerles delante la manera cómo discutían con los paganos y con los herejes de verdad, los más esclarecidos doctores y polemistas de la Iglesia: los paladines del conservatismo ecuatoriano no se apeaban por nada del mundo, y proseguían su guerra de salvajes, arrojando al enemigo flechas envenenadas y puñados de inmundicia.

Los libelos más nauseabundos, más inmora-les y repugnantes, han salido de las prensas eclesiásticas; ó siquiera han sido costeados con el dinero de los clérigos y de los frailes.

En un Seminario, en el Conciliar de Cuenca, se estableció una de estas mancebías del pensamiento; una como escuela teológica de difamación; un verdadero laboratorio infernal de iniquidades clandestinas y anónimas, con las que han afrentado á familias enteras, aquellos miserables que pretendían defender así una religión de caridad y mansedumbre.

Los levitas de ese plantel de curas, bebían el odio como el agua; se calcinaban el alma con la venganza, y la tornaban venenosa y estéril; gastaban su fuerza intelectual en lucubraciones diabólicas, y adquirían el hábito de la maldad: los superiores que de tal manera los pervertían, no deseaban sacerdotes del Cristo, sino malhechores de sotana, verdugos tonsurados, asesinos ungidos; y lo han conseguido.

Uno de los Superiores de aquel Seminario, delató tanta infamia, por vengarse de sus colegas.

El hecho causó escándalo; pero, los dirigentes de la susodicha mancebía, los hábiles obreros

del Padre Pasquino, han sido espléndidamente reenumerados: canónigos, curas, profesores, son hoy día esos desalmados canallas.

¿Los nombramos? — No, no merecen que la pluma se ensucie trazando los nombres de tan ruines sacerdotes; y menos aún, si paramos mientes en que continúan su labor nefanda, metidos en el cieno hasta el cuello, y escondiéndose tras de algunos peleles.

Igual cosa ha pasado en todos los centros clericales: los atormentadores de la honra ajena, han brotado como los hongos, en todos los conventos, en todas las sacristías; y la calumnia mística, la difamación devota, el libelo piadoso, han sido el desayuno de los hipócritas, la diaria venganza de los cobardes.

Sin ilustración, sin sabiduría para refutarlos victoriosamente en el terreno de la ciencia y de la historia, estos infames polemistas han combatido al hombre, no la doctrina; han colocado como cimientó y antemural de sus creencias, el más villano y bajo de los crímenes humanos, la difamación impune.

Los antiguos inquisidores — enloquecidos por el fanatismo — no perdonaban ni á los difuntos, y arrojaban á la *santa hoguera*, haces insensibles de huesos humanos; y los inquisidores modernos, los de nuestra República, hánles imitado á sus progenitores con una perfección admirable.

Como hienas han escarbado en las cenizas de las tumbas, han escudriñado en la podredumbre de los féretros, han exhumado faltas olvidadas, envueltas ya en las inviolables vestiduras

de la muerte ; y se han dado el sacrílego placer de pregonar las debilidades de los que duermen el sueño eterno, para oprobial de ese modo á sus descendientes !

Léanse todas las *apologías de la religión*, escritas en el Ecuador, de veinte años á esta parte ; léanse las producciones de los polemistas conservadores contra los liberales de mayor nota ; léase aquella *literatura religiosa* de las curias eclesiásticas y de los conventos ; y dígasenos si hay, en medio de tanta inmundicia, alguna vislumbre de ciencia, algún sentimiento decoroso, algo que no sea digno de baldón y propio de salvajes.

Pudiéramos enumerar los principales semanarios católicos, los opúsculos más renombrados que han producido los *defensores de la fe*, las innumerables hojas que ha derramado la pluma conservadora, para salvar su *arca santa* ; pudiéramos nombrar á todos los *doctores* de la iglesia ecuatoriana que han descuartizado la buena fama de sus adversarios ; á todos los clérigos y frailes colaboradores de Pasquino, á todos los legos que se han revolcado en el fango más hediondo y deletéreo, con el fin de manchar á los liberales ; podríamos entregar á la execración de la posteridad, á todos los facinerosos de la prensa católica ; pero, desdeñamos tomar el camino de las represalias inmundas, por dignidad propia, por hidalguía, por decoro mismo de la Patria.

¿ Qué concepto se han formado de nosotros en el Exterior, al leer ese diluvio de publicaciones procaces, inicuas, escandalosas, del bando conservador contra los liberales ?

¿Qué país es éste que, según la propia confesión de sus *doctores católicos*, está habitado, en su mayor parte, por gentes de la hampa, cuando no por criminales dignos del presidio y la horca ?

¿Qué nación es ésta, donde la difamación es deber religioso, institución eclesiástica, escudo y defensa de la religión cristiana ?

¿Qué República puede haber, donde las leyes y los poderes públicos no protegen la honra, y dejan impunes, hasta hoy día, las más inmorales y rastreras producciones de la prensa ?

García Moreno los habría encarcelado y aun fusilado á los malsines, para que no prosiguieran su tarea de infamar á la Patria, infamando á sus mejores hijos.

Veintemilla y Caamaño les habrían marcado eternamente con el látigo ; y hasta Flores Jijón — el magistrado más tolerante con la libertad de la imprenta — les habría echado encima á Don Elías Lazo, el enjuiciador de los escritores públicos de aquellos tiempos.

¿Dónde, dónde se toleraría este desenfreno sin ejemplo, este abuso increíble de la libertad de la prensa ?

Pues, en el Ecuador liberal ; en el gobierno del *tirano* Alfaro, se puede escribir y publicar lo que se quiera, y contar con la impunidad más exagerada.

Al *déspota* Alfaro le abruman con diarias calumnias, con injurias de verdulera, con dictorios de canallas ; y el *ogro* se ríe, como si no sin-

tiera las heridas de la maledicencia, y perdona generosamente á sus difamadores.

A los Ministros y subalternos del *autócrata* Alfaro, les hartan de desvergüenzas á todas las horas del día; los acusan de los atentados más inverosímiles, más absurdos, más calumniosos; y los ofendidos, como su Caudillo, se encogen de hombros y callan.

Para gozar de inmunidad absoluta en el Ecuador de hoy, no hay sino que meterse á cronista ó repórter de algún periódico católico; y echarse sin cuidado por la calle ancha del delito: borrachos, estafadores, ladrones, infractores de cualquier especie, inmunes por completo. Ni juez ni policía pueden con ellos, aunque se les pille con la mano en el crimen: perseguirlos, aprehenderlos, juzgarlos, *atentado contra la libertad del pensamiento, ataque á la libertad de la prensa!*

Y protesta al canto; y meeting de seguida; y declamaciones contra la tiranía imperante!

Todo se relaciona ahora con la inviolabilidad de la prensa: ¿conspiras, robas, te embriagas, cometes escándalos? — Puedes hacerlo, si te es dado alegar que ensucias papel en una imprenta; las leyes y la justicia se detienen y bajan la cabeza ante los *escritores públicos*

¿Qué laya de tirano es el General Alfaro? ¿Qué especie de opresión es la ejercida por el alfarismo tan desacreditado por los tradicionalistas?

Y los mismos que ensalzan aún la tiranía del *Héroe-Mártir*; los mismos esbirros de Veinte-

milla y Caamaño ; los mismos que llevan señaladas las espaldas con el látigo infamante ; los mismos idólatras de la antigua servidumbre ; los mismos libelistas incorregibles y criminales, son los que le acusan al Gobierno radical, de oprimir el libre pensamiento y de amordazar la imprenta !

¡ Amordazada la imprenta ! Y están ahí, libres, impunes, triunfantes, desafiadores, todos los que viven del dicterio y la calumnia, los que han hecho un oficio lucroso y cotidiano de la difamación !

Amordazada la imprenta ! Y el *tirano*, el *déspota*, el *autócrata* Alfaro le ha roto toda traba á la prensa ; tanto que hoy en día, los escritores no solamente gozan de amplia libertad, sino que han ido hasta los límites de la licencia, hasta tocar en el más punible y repugnante libertinaje.

Compárese la época del régimen conservador con la actual ; pero, sin pasión alguna, sin prejuicios, sin prevenciones ; y se verá que hemos alcanzado la mayor libertad apetecible, la que no nos atrevíamos ni á soñar bajo la férula del tradicionalismo.

¿ Quién le pone vallas al pensamiento ? Quién le impide al ciudadano expresar lo que siente y lo que piensa ? Dónde están los decomisadores de periódicos y libros ? Dónde la previa censura ni las licencias del Ordinario ? Dónde las aduanas de la ciencia ni las cortapisas de la propaganda ?

Abiertas están las anchas puertas de la República para todo elemento de ilustración : los libros—antes contrabando peligrosísimo—nos inun-

dan, como torrentes y avenidas de luz vivificadora, y ahuyentan la noche aun del fondo de las cañas.

Recorred las bibliotecas públicas y privadas; y veréis centenares y centenares de sabios condenados, de filósofos vitandos, de historiadores proscritos, llenando ahora su misión redentora, en este país á donde no les era lícito penetrar, quince años atrás.

Si algo malo ha hecho Alfaro, es tolerar que la más grandiosa y sublime de las libertades humanas, la libertad de pensar y expresar el pensamiento, se haya degradado y prostituído en manos de los conservadores; y cambiándose, de elemento de vida para los pueblos, en instrumento de inmoralidad y ruina.

Alfaro ha pecado por exceso; pero la posteridad lo bendecirá, porque ha sido el primer magistrado ecuatoriano que ha roto las cadenas del espíritu y emancipado la conciencia pública.



*
* *

Las Asambleas Constituyentes y Congresos conservadores – ya lo hemos dicho – eran á guisa de Capítulos, congregados bajo la divina asistencia, para elegir los superiores y dignidades del gran convento, y expedir las reglas monásticas más adecuadas para la santificación de la comunidad.

Los legisladores – elegidos siempre por el Obispo y el católico gobierno – no tenían ni reconocían otra misión que la gloria de Dios y la salvación eterna ; sólo que, equivocados en el camino, creían que iban al deseado fin, mediante actos que la razón califica de crímenes y barbaridades.

Congresistas de sotana hubo, verbigracia, que pidieron un voto de gratitud para los *salvadores de la República* que habían asesinado, alevosa y cobardemente, á los patriotas en la noche del 19 de Octubre de 1833 : para los clérigos Pe-

ñaíel y Marcos, las celadas infames, la traición villana, el derramamiento de sangre noble, la profanación de cadáveres, el escarnio de los restos del sabio Hall, eran actos meritorios en grado eminente, brotes de virtud excelsa que debía agradecer y premiar la Nación!

Otro clérigo de sotana morada, defendió el perjurio, como santo y bueno; García Moreno había jurado, *ante Dios y el pueblo*, no consentir en que se le reeligiese para Presidente de la República; y quiso llenar la fórmula de renunciar dicho cargo, fundándose en su promesa inviolable.

Pero, ahí estaba el *Capítulo* con la consigna de romper tan solemne juramento, en el nombre mismo de la religión que lo santificaba y daba fuerza; el Obispo Ordóñez — lumbrera del tradicionalismo ecuatoriano — habló, y cayeron rotas las ligaduras que le impedían al tirano subir de nuevo las gradas del solio.

Copiaremos las palabras del prelado susodicho, para que se vea el criterio de los legisladores de aquellos gloriosos tiempos, en que la fe no tenía quién la combatiese, ni la moral persona alguna que la ofendiera; tiempos de grata memoria y dorado recuerdo para los *defensores del Cristo* que hoy lamentan estérilmente los triunfos del diablo y de la civilización.

«Si la Convención aceptara la renuncia del Excelentísimo Sr. Presidente interino — decía el Obispo Ordóñez, en aquella sesión memorable por la inmoralidad y bajeza de los convencionales — renuncia basada en el juramento á que alude,

daría el más pernicioso ejemplo de desorden, aprobando una causa nula é ilegítima; y autorizando para que todos los ciudadanos se nieguen, en lo sucesivo, al desempeño de los cargos concejiles y de todo puesto oneroso, fundándose en un juramento semejante al que alega Su Excelencia ».

¿Qué fuero, qué garantía, qué ley, podían tenerse por inviolables y permanentes, ante la casuística y el criterio de los Obispos ecuatorianos? — El juramento no ligaba al magistrado; porque, si la *causa santa* lo requería, el *Capítulo* lo declaraba *nulo é ilegítimo*; y la Constitución y las Leyes se venían á tierra, sin que le fuera lícito á ningún ciudadano ni quejarse de tan escandaloso perjurio.

Los legisladores del conservatismo participaban del poder de las llaves; podían atar y desatar libremente, con autoridad divina; y lo blanco lo volvían negro; y lo negro, blanco, según las conveniencias de la secta.

Libros llenaríamos de ejemplos semejantes, si nos propusiéramos examinar la moral y la sindéresis que presidían en los Cuerpos constituyentes y legislativos, durante la dominación conservadora; pero, para ejemplo, bastan los dos que hemos citado; pues, ellos dan idea clara y justa de cómo se pensaba y obraba en aquel entonces.

Rara, muy rara vez, era elegido un diputado liberal, como si dijéramos, de *contrabando*; pero, esa planta exótica no hallaba calor ni luz, aire ni siquiera terreno, para su vida parlamentaria; y esto, cuando no la arrancaban de cuajo y la arrojaban fuera del sagrado recinto, como yerba venenosa.

Felicísimo López es un ciudadano á las derechas: radical convencido, patriota de muchas ejecutorias, honorable y limpio en su vida pública y privada; pero, como no ha comulgado jamás con el tradicionalismo opresor y fanático, está condenado al odio y á la venganza de la clerecía.

Su nombre asomó en las urnas, cuando nadie podía ni sospecharlo; y el radical, tan sorprendentemente elegido, tuvo la audacia de presentarse en la Cámara legislativa correspondiente, creyéndose ungido por el voto popular.

Verlo y llenarse de indignación todos los Padres del Concilio, fue uno: lo hartaron de injurias y maldiciones: lo declararon *inhábil* para sus funciones civiles por estar *excomulgado*; y lo expulsaron del Congreso, en medio del más piadoso y mayor alboroto parlamentario que recuerda nuestra historia, y del escándalo y admiración de la gente sensata.

Tales eran los Congresos conservadores: al revés los de hoy, donde concurren libremente los enemigos del Régimen liberal, para mover tempestades diarias y poner toda clase de obstáculos á la labor administrativa y beneficiosa de los demás miembros de la legislatura.

A nadie se le expulsa, á nadie se le coarta su libertad, á nadie se le cercenan sus garantías, á nadie se le declara *inhábil* por sus ideas: por lo contrario, los tradicionalistas se imponen y manejan la batuta en muchos Congresos liberales, como en el celeberrimo de 1898 que engendró la revolución fenecida en Sanancajas.

Y el gran número de conservadores y opositoristas que concurren á cada legislatura, prueba evidentemente la libertad electoral de que se goza ahora ; pues, si el gobierno radical imitara á los tradicionalistas, en lo de monopolizar el sufragio é impedir el voto libre, no se mancharían las urnas con los secuaces del despotismo.

Las instituciones conservadoras son la mejor muestra del espíritu que dominaba en las Asambleas y Congresos de nuestros tiranos : basta abrir cualquiera de los Códigos, por la parte en que se abrieren, para convencerse de que el Ecuador gemía en el atraso y en la servidumbre.

Ahí está la obra maestra de García Moreno, la Constitución católica por excelencia que debía llevarnos al pináculo de la prosperidad y la gloria, al decir de frailes y terroristas : abrámosla y copiemos algunos de sus artículos principales.

ARTICULO 9º

«La Religión de la República es la católica, apostólica romana, con exclusión de cualquiera otra ; y se conservará siempre con los derechos y prerrogativas de que debe gozar, según la ley de Dios y las disposiciones canónicas. Los poderes políticos están obligados á protegerla y hacerla respetar».

ARTICULO 10

«Para ser ciudadano se requiere :

1º *Ser católico.....»*

ARTICULO 13

«Los derechos de ciudadanía se suspenden :

1º *Por pertenecer á las sociedades prohibidas por la Iglesia.....»*

¿Para qué continuar esta enojosa tarea, cuando todos los ecuatorianos pueden comparar la *Carta de esclavitud*, con las Constituciones liberales ; en las que se han consagrado ampliamente los derechos del hombre, desconocidos y anatematizados por el tradicionalismo ? Para qué examinar el capítulo relativo á las *garantías* individuales, cuando cada una de ellas está rodeada de cortapisas jesuíticas y de trabas hábilmente preparadas ?

Ninguna libertad en el monástico imperio : ni el pensamiento intangible, ni la conciencia autónoma, ni las creencias inviolables, se veían exentos de grillete, bajo el poder del conservatismo.

Las leyes iban más allá de los límites marcados á los humanos poderes ; y éstos se atrevían á prescribirnos hasta la fe y el culto, so pena de quedar privados de la protección de las leyes y de los derechos de ciudadanía.

¿Qué ilustración, qué progreso, qué ciencia, sujetos á la fe romana que se ha puesto, en todos los tiempos, en pugna abierta con los adelantos de la humanidad ?

¿Qué investigación, qué vuelo del pensamiento, qué elevación del espíritu, si nos estaba prohibido salirnos de la jaula de hierro en que nos mantenía encerrados el sacerdocio ?

La facultad de raciocinar, restringida, cohibida, paralizada, por los artículos del credo : la libertad de hablar y escribir, reprimida, aplastada, esclavizada, por las enseñanzas del catecismo y el dogma : la ciencia subordinada á la Biblia, la

razón maniatada por la fe, la inteligencia cegada por la revelación: he ahí, en síntesis, los resultados de la Constitución garciana.

Y todas las leyes secundarias, como dimanadas de esta fuente medioeval, eran propias de esos siglos de oscuridad y devoción estúpida que la historia califica como bárbaros; y en los cuales la religión servía de pretexto para subyugar á los pueblos, explotarlos á más y mejor, y tenerlos perpetuamente uncidos al carro de la servidumbre.

Las leyes penales y militares de García Moreno pueden parangonarse muy bien con las ordenanzas de los pueblos más atrazados y bárbaros de aquella edad de tinieblas. Al estudiar los referidos Códigos, se contrista el alma, ante ese lujo de inútil sevicia; esa prodigalidad de castigos atroces y sin proporción alguna con las faltas punidas; esos principios absurdos de jurisprudencia; y, en fin, esa constante contradicción con las reglas más obvias y universales de justicia.

¿Qué diremos del Concordato, de las leyes de Instrucción Pública, etc.? — Esclavitud y cadenas por todas partes: la Patria misma llevando la marca de sierva, y no de la Roma gloriosa de los Camilos y Escipiones, sino de la Roma empequeñecida de los papas!



*
* *

Basta comparar la legislación liberal con la conservadora ; basta examinar serenamente, á la luz de la razón y la ciencia, las instituciones debidas al uno y al otro régimen, para cerciorarse de los grandes beneficios que la República ha recibido del liberalismo.

Nuestras leyes actuales, si imperfectas y deficientes todavía, llevan el sello de la civilización y el adelanto ; son la base de una perfección social creciente ; honran al país que las ha adoptado, venciendo mil y mil obstáculos, opuestos por el fanatismo y la tradición conservadora.

Nuestra libérrima Carta política figura entre las más avanzadas y democráticas del Continente ; y ha desarraigado el fanatismo y la autocracia, proclamando la autonomía de la conciencia, y todas esas libertades conquistadas por otros pueblos, á costa de innumerables sacrificios y torrentes de sangre.

De un golpe nos ha colocado nuestra Constitución política, en el número de las naciones más libres y adelantadas de la tierra; y podemos orgullecernos de haber puesto como base y cimiento de nuestras instituciones, los más santos principios de la democracia.

Y las leyes secundarias no han venido sino á desarrollar y robustecer esos principios, á darles forma práctica y de inmediato beneficio, á realizar los ideales del liberalismo regenerador de los pueblos.

Las leyes liberales — llamadas *impías* por los tradicionalistas — son un monumento de gloria para el General Alfaro y su Partido político; porque, cuando nadie lo esperaba, han revelado al mundo, la existencia de un pueblo, viril y noble, que ha reivindicado sus derechos y enarbolado el estandarte de la libertad y el progreso, sobre las ruinas y los escombros del despotismo.

La teocracia garciana era el cáncer mortal que devoraba las entrañas de la Patria; y el Régimen liberal se apresuró á extirparlo con mano firme, arrojando todos los peligros de aquella ablación aventurada.

La Constitución reconoció la libertad de conciencia y de cultos; y las leyes secundarias rompieron los últimos eslavones de la cadena y dieron el golpe de gracia al poder del sacerdocio.

Esta obra redentora ha sido calificada por los oscurantistas, como *impiedad* y *ateísmo*; pero, élla no constituye sino la más santa de las reivindicaciones, la más justa é indispensable de las reformas.

La misión sublime del sacerdote nada tiene que ver con el gobierno temporal de las naciones: la palabra sagrada debe resonar sólo en el augusto recinto del templo, y para llamar á los hombres al camino de la virtud que conduce al cielo: las manos ungidas, lejos de empuñar el arma fratricida ó la tea destructora, únicamente deben emplearse en derramar consuelos y bendiciones, en enjugar lágrimas y perdonar extravíos.

El sacerdote es ministro de paz, de amor, de caridad: la abnegación y el olvido del mundo, son sus divisas heráldicas; la misericordia, la tolerancia, la mansedumbre, sus únicas armas, su fuerza irresistible.

El sacerdote es apóstol de concordia y fraternidad cristianas: todo lo que divide á los hombres, lo que enciende la discordia entre ellos, lo que agita y revoluciona á los pueblos, es contrario al apostolado sacerdotal; y por ende, impío, detestablemente irreligioso y sacrílego.

El sacerdote es obrero de luz: está llamado á difundirla entre las muchedumbres, cumpliendo el deber que les prescribió el Maestro: *Id y enseñad á las naciones*. Los sacerdotes que condenan la ciencia y esconden la verdad, que oscurecen la conciencia y apagan las pupilas, que le niegan al pueblo aquel maná espiritual que alimenta las almas y las fortifica en el desierto de la vida; los sacerdotes enemigos de la civilización y el progreso, no cumplen su divina obligación, y son impíos, dignos de maldición eterna.

El sacerdote es guardián de la libertad humana, el más preciado fruto del cristianismo:

oprimir la conciencia, cargarla de cadenas, arrojarla á los antros de la servidumbre; mancomunarse, aliarse con los tiranos, para chuparles hasta la médula de los huesos á los pueblos, después de degradarlos y transformarlos así como en rebaño de bestias; santificar y sostener las tiranías, en nombre de Jesús, el gran libertador del mundo, impiedad espantosa, sacrilegio inaudito, blasfemia imperdonable.

Y el sacerdocio ecuatoriano había olvidado su misión y sus deberes, las doctrinas de Jesús y las máximas de los santos; el sacerdocio ecuatoriano había echado por el camino de los hipócritas y de los traidores á la religión, y unídose á los déspotas para socaliñar y oprimir al pueblo.

Por esto fue indispensable que las leyes liberales principiaran por volver al clero á la recta senda; y lo ha conseguido, á pesar de la grito de los fanáticos y la desesperada defensa de los interesados en la continuación de la tiranía hierática.

La Constitución emancipó la conciencia, libertó el pensamiento, garantizó la religión de todos los asociados; y las Leyes de Patronato y Cultos, restablecieron el predominio del Estado, el respeto y acatamiento á las instituciones nacionales que el sacerdocio había dado en tierra, para implantar una verdadera teocracia.

La Libertad de Imprenta destruyó todas esas vallas que una artera previsión había construído en este jesuítico imperio, para evitar que penetraran las luces del siglo; y para completar la redención del pensamiento, la Ley de Aduanas

declaró libre de todo gravamen la importación de libros á la República.

La Ley de Instrucción Pública emancipó la enseñanza y la secularizó por completo: creó las escuelas obligatorias y laicas, los institutos normales, y concedió amplia libertad para enseñar, sujetándose solamente á los reglamentos respectivos. La niñez y la juventud quedaron fuera del imperio y alcance de la superstición y el fanatismo; y se cegaron las envenenadas fuentes en que habían bebido las anteriores generaciones, esclavizadas por el clero.

Las leyes suprimieron los diezmos y las primicias, los derechos parroquiales y otros pechos eclesiásticos; y en esto no hicieron sino amparar la miseria y la ignorancia explotadas impiamente por el sacerdote; suprimir las vetustas y antieconómicas contribuciones sobre la producción agrícola; cortar de raíz centenares de abusos y hacer estricta justicia.

El Código de Policía prohibió que el púlpito se profanara, como antes, con peroraciones políticas y subversivas, ó con desahogos personales; reglamentó los actos del culto público; y vedó que el fanatismo continuara negando hasta la sepultura, á los que calificaba arbitrariamente como enemigos de la religión.

La Ley de Beneficencia devolvió al pueblo lo que al pueblo pertenecía.

Esas inmensas riquezas, acumuladas en manos del monaquismo por la devota munificencia de muchas generaciones, servían únicamente de

pábulo al escándalo y de medio para la disipación en la frailecía ; y esto, cuando los monjes extranjeros no exportaban aquellos caudales, para disfrutarlos y derrocharlos con sus cofrades, riéndose de los mentecatos, á cuya largueza se debían.

Y, al advenimiento del liberalismo, esos cuantiosos bienes monacales formaron el *tesoro militar* de la *cruzada*: armas, municiones, brazos homicidas, invasores extranjeros, la traición al Gobierno y aun á la Patria, agitadores piadosos y demagogos místicos, pasquinadas y crímenes, todo, todo se compró y pagó con el dinero de los conventos.

A los bienes, que los donantes destinaron al culto y á la caridad, los buenos y santos de los frailes les dieron inversión torcida, pecaminosa, sacrílega ; y el pan que debía matar el hambre del desvalido, el vestido que había de cubrir la desnudez del huérfano, el asilo preparado al peregrino, los vasos de oro del sacrificio, el incienso mismo del culto, convirtiéronse en elementos de iniquidad y muerte, en dogal del pueblo infeliz que tan neciamente se dejó engañar de la frailería.

Como era justo, vino el legislador liberal y puso coto á la dilapidación y al escándalo : restituyó el dinero de la caridad á los hospitales, á los asilos de mendigos, á las casas de huérfanos, á las leproserías ; dejándoles, sin embargo, la congrua sustentación á los religiosos. ¿ Puede haber una ley más justa y conveniente que la *impía* Ley de Beneficencia ?

Ya que de monaquismo hablamos, todos los países cultos reputan como un mal social los institutos monásticos que no prestan algún servicio efectivo y tangible á la humanidad.

Eso de pasarse días y noches en la estéril contemplación de verdades que no entienden; en salmodiar preces latinas que no tienen sentido práctico; en una palabra, en malgastar devota y tontamente el tiempo, sin utilidad para nadie, ya no es aceptable en nuestro siglo.

Por esta razón las leyes liberales han prohibido los noviciados, y aun la irrupción de religiosos extranjeros, tan frecuente en las épocas del conservatismo.

Cuando los expulsan de todas partes, como plaga detestable, no era para que el Ecuador liberal les abriese las puertas y los brazos, á esos enemigos de la pública tranquilidad, encubiertos con la cogulla.

No es espíritu de irreligión el que ha inspirado dichas leyes, sino las verdaderas conveniencias de la República.

Frailes y monjas, abnegados y virtuosos, que se dedican á la práctica de la caridad evangélica, cuidando de los enfermos, socorriendo á los pobres, llevando el consuelo á los desvalidos, haciendo de ángeles de la guarda de los huérfanos, benditos sean: los liberales los respetamos, les colmamos de aplausos y recomendamos al amor del pueblo.

Pero ¿los monjes *contemplativos*, los desocupados de sayal, los zánganos descalzos, para

qué sirven? Qué ventajas reporta la sociedad, de que algunas docenas de infelices mujeres, vejeten en su mística cárcel, devoradas por el histerismo y la misantropía?

Las leyes de Registro y Matrimonio civil, y la de Divorcio, constituyen un paso avanzado en la reforma del país; porque ponen los derechos y obligaciones de la familia, bajo la protección y salvaguardia del poder público, arrancándolos de manos del párroco y del obispo que no correspondían siempre á la importancia del cargo que se habían apropiado.

Además, dichas leyes han destruído las principales barreras opuestas á la inmigración; y dejado un remedio á las desgracias del hogar que antes eran irreparables y eternas.

He aquí todas las *impiedades* del Partido liberal; y por éllas se ha lanzado el anatema y proclamado la guerra religiosa!

¿Qué concepto han podido formar las naciones extranjeras, de un partido político que aquí, en las rocas abruptas de los Andes, se ha puesto en armas contra reformas saludables, justas y necesarias, aceptadas ya, aun por el clero, en pueblos más civilizados y cristianos?



*
* *

Compárense, repetimos, las leyes dictadas por el Régimen liberal, con las que nos impusieron las pasadas tiranías ; y se palpará la muy laudable y regeneradora labor del liberalismo.

La clase trabajadora-víctima obligada de todos los despotismos- era acreedora á una reparación ; y el gobierno liberal puso todo empeño en concedérsela amplia y generosa, cual se le debía.

La abolición de la *recluta* dió seguridades al taller y á la agricultura ; y no se ven ya, ni el infeliz labriego, ni el desvalido artesano, arrancados violentamente del seno de su familia, y conducidos al cuartel y á los campos del fatricidio ; á sucumbir sin gloria, por ambiciones ajenas, por caprichos y pasiones que no germinaron en su alma.

La Ley de Reemplazos prescribe la manera equitativa, democrática y justa de renovar el Ejército nacional; sin que ningún ciudadano quede exento de prestar sus servicios al Estado, ni deje pesar esta sagrada obligación sobre el proletario exclusivamente, como sucedía en los tiempos del conservatismo.

El Partido liberal ha elevado y dignificado el trabajo de todos modos; y las leyes que ha expedido en beneficio de la clase obrera, han ensanchado el horizonte y abierto nuevos y vastísimos campos á la energía y actividad de los ciudadanos.

Las escuelas, francas para los niños pobres; las becas, prodigadas á la inteligencia falta de recursos; las Escuelas nocturnas, abiertas para la cómoda instrucción de los operarios; las Escuelas de Bellas Artes, creadas para el genio y la inspiración no raros en nuestro pueblo; los Establecimientos de Artes mecánicas y oficios, etc., han producido un cambio ventajoso, una transformación admirable en la suerte del trabajador ecuatoriano.

El Conservatorio de Música es una colmena de artistas que ilustrarán su Patria, en un día cercano; los pintores y los escultores abundan en los planteles de bellas artes, y sus obras son ya muy apreciadas por los inteligentes en la materia.

Y los que descuellan entre este enjambre de candidatos á la celebridad, son enviados á la vieja Europa, á esa brillante cuna del arte, á recibir lecciones de los mejores maestros en Italia y Francia; á inspirarse en las obras maravillosas del

genio griego y del romano, conservadas cuidadosamente por los gobiernos ilustrados y grandes, ó reproducidas en las prodigiosas creaciones del Renacimiento.

¿Cuándo, cuándo el trabajo ha sido más ennoblecido y amparado que bajo el Régimen liberal que tanto detestan y calumnian los tradicionalistas?

La Ley de Protección á las Industrias y la de Privilegios, constituyen una garantía para los nobles esfuerzos del trabajo, las iniciativas del capital y del espíritu de empresa, las energías de la inteligencia en sus múltiples aplicaciones; y, en fin, para los descubrimientos de nuevos y mejores métodos de producción, es decir, de nuevas y más grandes fuentes de prosperidad y riqueza.

La igualdad, la noble igualdad de los ciudadanos, sin más distinciones ni prerrogativas que los méritos verdaderos, jamás ha sido acatada y puesta en práctica como en la actualidad, en que impera el liberalismo.

Todas las sendas del engrandecimiento están francas, tanto para el rico como para el pobre: colegios, escuelas, magistraturas, nada es ya patrimonio exclusivo de la llamada aristocracia; nada es privilegio reservado al poderoso.

¿No estamos viendo todos los días, cómo la *gente nueva* asciende á las alturas que conquista ufana, á fuerza de merecimientos? No estamos viendo á cada instante, maestros de taller en las curules del Congreso y de las Municipalidades?

¿ Cuándo, cuándo se vió semejante igualdad democrática y práctica, durante la dominación tradicionalista ?

El Gobierno liberal ha pensado en todas las necesidades, en todos los infortunios, en todos los dolores del pueblo ; y procurado remediarlos de modo eficaz y pronto, á medida de sus posibles.

Ha mejorado los hospitales, fundado asilos de expósitos y de ancianos, casas de maternidad ; y cuando el hambre, ese terrible azote tan frecuente en las regiones andinas del Sur, ha venido á reagravar las desventuras del pobre, el Gobierno liberal ha importado abundantes cereales y distribuídolos gratuitamente á los necesitados.

La raza india — tan desvalida y vejada, como ya lo hemos dicho — la raza india le debe al liberalismo su manumisión completa. Los legisladores liberales declararon que era obligación de los poderes públicos proteger á los indios y procurar mejorar su condición social ; y este humanitario deber, está escrito en la Constitución misma de la República, como un principio fundamental de la regeneración ecuatoriana.

El General Alfaro — decidido protector del pueblo — ha expedido los Reglamentos más eficaces, estableciendo una prudente proporción entre el salario y el trabajo del indio ; amparando su libertad y sus derechos ; y cortando, en lo posible, los abusos del propietario contra estos desgraciados parias, condenados á la más atroz servidumbre, desde los duros tiempos de la Conquista.

El Código de Policía dejó virtualmente anulada la esclavitud de los *conciertos*; y restableció los derechos y obligaciones recíprocos entre el capital y el trabajo, bárbaramente conculcados por la avaricia y la crueldad del tradicionalismo.

Por primera vez en la República, se vió al indio acudir á los tribunales, pedirle cuentas á su amo cruel, reprocharle sus rapiñas y atrocidades, abrumarle con cargos comprobados, y obtener justicia.

Esta *osadía* del esclavo llenó de estupor y de ira á los que se enriquecían con los sudores y las lágrimas de toda una raza digna de mejor suerte; admiró y encolerizó —decimos— á los que basaban su opulencia y su porvenir en la esclavitud del indio; y vieron en los actos del liberalismo, un ataque á la propiedad, á la moral y aun á la religión !

Libertar al indio siervo, alzarlo al nivel del amo, dar apoyo al oprimido para que arrastre ante los jueces al opresor, mostrarle que no hay derecho alguno para mantenerlo en la servidumbre, enseñarle prácticamente el valor del trabajo, redimirlo de la férula del cura, ¿no era, en concepto del conservatismo, *sublevar á los esclavos y trastornar la sociedad*, católicamente organizada?

Emancipar al indio —decían— abolir el *concertaje*, ensoberbecerlo con la protección oficial, señalarle salario equitativo, es trastornar el orden, arruinar la agricultura, destruir la riqueza privada, precipitar en la bancarrota al propietario: ¿quién trabaja, quién hace producir la tierra,

quién cuida del ganado, quién obedece y sufre, si el indio queda libre y bajo la protección de las leyes?

Y revolvióse furioso el tradicionalismo contra el Régimen que semejante reforma había emprendido, por justicia y humanidad, por conveniencia misma de la nación y de sus industrias.

Aún hoy, nos acusan del *crimen horrible* de haber emancipado al indio y arrancádole de la servidumbre y la miseria, del tormento y de la abyección más espantosa.

¿No está revelando esta misma acusación, el espíritu depravado y feroz de los acusadores?

Todavía no están del todo cumplidos los ideales del liberalismo en este punto; pero, ya se notan las ventajas del trabajo libre y remunerado; ya se deja palpar la resurrección de la raza, aunque sea lenta, y contrariada por la tenacidad de la codicia.

No ven, no quieren ver los tradicionalistas, que los esclavos — á los que debilita el hambre y maltrata el capataz — no aman el trabajo, no tienen afán en cumplir la tarea, no hallan aliciente alguno en los sudores, no abrigan esperanzas en la fatiga, odian por instinto al amo que los explota; y que, por lo mismo, no son, no pueden ser factores eficaces para la producción.

Y porque rectificamos sus errores; porque nos dolemos de la desgracia y del atraso de seres humanos semejantes á nosotros; porque nos revelamos contra la esclavitud y la injusticia; porque laboramos por transformar en hombres y ciudadanos á los ilotas del conservatismo, se

nos acusa y mueve la guerra más implacable y tenaz! ¿Qué clase de hombres son nuestros adversarios?Cuál es su moral y cuáles son sus principios?

Las leyes penales de García Moreno —repetámoslo— eran propias de la barbarie más tenebrosa é inhumana; y, como siempre acontece, no caían sino sobre el infeliz, el miserable, el plebeyo, el indio.

¿Cuántos asesinos de levita y chistera subieron los peldaños del patíbulo? Cuántos aristócratas vistieron la túnica desgarrada y sangrienta de los ajusticiados? Cuántos nobles ó ricos purgaron sus crímenes en el Panóptico?

Estamos por contestar que ninguno.

Esas leyes draconianas —expedidas con el auxilio del Espíritu Santo, al decir de los místicos que nos gobernaban— esas leyes inquisitoriales, han confirmado la observación de que son telas de araña que aprisionan y matan á las moscas, pero nunca, jamás á los buitres.

El Régimen liberal ha suavizado, ha humanizado aquellas leyes; poniéndolas de acuerdo con la jurisprudencia moderna, con los adelantos de la civilización.

Sin duda que nuestros Códigos adolecen todavía de muchos errores; pero, nadie puede negar que difieren esencialmente de la penalidad monstruosa, ideada por el *Héroe — Mártir* para castigar aun las infracciones meramente morales y religiosas.

De consiguiente, el Partido liberal y su Caudillo han dignificado el trabajo ; han ensanchado inmensamente la órbita de acción y de aspiraciones del operario ; han mejorado de modo positivo la condición social de la clase proletaria ; han acudido á socorrer todos los males del pueblo ; han redimido una raza esclava y puéstola bajo la protección inmediata y eficaz de las leyes.

El Partido liberal y su Caudillo han efectuado en favor del pueblo, todas las reformas que han estado á su alcance ; sin retroceder ni arreararse con las algaradas del tradicionalismo, ni los horrores de la lucha armada, con la que se ha intentado obstar la regeneración de la República.



*
* *

El Doctor Francia creía que el aislamiento absoluto constituía la perfección de la política de un Estado, el superlativo acierto de la ciencia de gobierno.

Algo parecido pensaban también nuestros tiranos; y restringieron sus relaciones con los demás pueblos, nos encerraron en los inmensos claustros de nuestro convento, y nos dedicaron á meditar en las verdades eternas, y orar para que Dios conservara incólume la tiranía, y nos dejara perpetuamente en los oscuros y deliciosos limbos en que yacíamos.

Contacto con las naciones civilizadas, ¿para qué, ni cómo, cuando la impiedad se pega como la lepra, y el contagio de la herejía es más fácil que el de las epidemias *microbianas* modernas?

Al Ecuador le bastaba y sobraba con la amistad del Papa : un Estado católico, absolutamente católico y devoto, no necesitaba de más apoyo ni alianza que la del padre universal de los fieles, Vicario omnipotente del Dios vivo

De consiguiente, la diplomacia conservadora era casi nula : el Ecuador era menos conocido en los centros civilizados del viejo mundo, que las colonias de Africa y de la Oceanía.

Y cuando alguna vez acontecía que llamáramos la atención de los demás pueblos, era mediante una campanada del convento ; esto es, de una barbaridad mayúscula que nos ponía en ridículo, y hacía que los europeos se convencieran de que todavía nos vamos por ahí, en cueros, y sin otro indumento que el taparrabo.

La Unidad Italiana fue saludada con febril alborozo en todos los pueblos de la tierra : era la redención de la Península gloriosa, cuna de la civilización y la libertad, tanto tiempo avasallada por la sandalia pontificia y el cetro de tiranuelos de la peor especie : era el triunfo de la idea grandiosa de tantos patriotas mártires, audazmente realizada por Víctor Manuel y Garibaldi ; y el mundo entero batió palmas, y entonó himnos de victoria, en loor de aquellos dos gigantescos libertadores de Italia.

Sólo el Ecuador dió la nota discordante : el tañido de la campana claustral se dejó oír y repercutió, como alarido de bárbaros, en todas las naciones cultas ; produciendo indignación en unas, é hilaridad en otras.

La *protesta* de García Moreno dió tema para la desdeñosa crítica de los políticos extranjeros; para el trabajo de caricaturistas y satíricos; y en fin, nos entregó á la burla y escarnio universales.

Fue necesario que el liberalismo se encargara del gobierno, para que el Ecuador reanudase sus relaciones con el Quirinal; y lo hizo, después que todas las naciones más católicas habían reconocido el Reino Italiano!

Nosotros — á fuer de ciudadanos de la República del Santísimo Corazón, y de hijos predilectos de la iglesia — nos mantuvimos en los trece; hasta que, al fin y á la postre, vino el *impío* Alfaro y cumplió con este acto de rudimentaria cortesía internacional, exigido aun por las conveniencias y el decoro del país.

He ahí un ejemplo de la habilidad de la diplomacia conservadora, aunque no recordáramos aquí, los malos tratos con Trinité y España, los pactos contradictorios con Colombia, etc.

Y, viniendo á nuestra cuestión vital, al secular litigio de límites con el Perú, tenemos que confesar — aunque la vergüenza nos queme las mejillas — que el conservatismo ecuatoriano ha dado testimonio de su ineptitud absoluta, sacrificando vergonzosamente los sagrados intereses de la Nación.

Pasemos por alto — por consideraciones á la Madre Patria — los inconvenientes para constituir-la en juez, siendo la República peruana su hija mimada; y constándonos otros vínculos estrechos que unían á nuestra adversaria con la vieja España.

Pasemos por alto la *inocencia y candorosidad* de los negociadores ecuatorianos; y fijémosnos únicamente en la materia misma de la negociación, y en la forma en que la llevó á cabo el Ministro Espinosa.

El Ecuador tenía de su parte, como título irrefutable, el Tratado suscrito por la victoria de Tarqui. Los peruanos lo reconocían y acataban; y otros muchos documentos posteriores desvanecían y aclaraban toda duda que pudiera surgir, respecto á la verdadera inteligencia de dicho pacto.

¿Qué necesidad había de someter á resolución de árbitros, lo que estaba ya definitivamente resuelto por las mismas partes interesadas, y sellado con la espada victoriosa de Sucre, el ínclito vencedor en el Portete? Por qué tornar *litigioso*, lo que había dejado de serlo, por la fuerza de las armas y por la fuerza del derecho?

Si el arbitraje era quizá necesario para la resolución de los puntos que dejaron pendientes los Ministros Mosquera y Pedemonte, debió el Sr. Espinosa expresarlo de manera inequívoca y terminante; y tanto más, cuanto que en todo compromiso arbitral, lo primero que deben hacer los comprometidos, es determinar la materia del juicio; á fin de que el fallo no pueda recaer sobre cosa diversa de la disputada.

¿Por qué suscribió el Ministro ecuatoriano aquel Tratado vago, indefinido, acomodadizo, elástico, que luego el Perú ha interpretado á su sabor y gusto?

Léase el Tratado Espinosa - Bonifaz - no dejándose llevar del interés patriótico propio de los

buenos ecuatorianos, sino con toda la serenidad y calma, á la luz de la Jurisprudencia internacional, como lectores imparciales y fríos — y dígasenos, si ese documento no acusa falta absoluta de amor á la Patria, falta absoluta de buen sentido, y hasta de nociones de la verdadera conveniencia nacional.

Nada se ha determinado en ese pacto: ni la materia del arbitraje, ni la naturaleza y extensión de la potestad jurisdiccional concedida al Rey de España, ni el término para el fallo, ni los trámites: nada!

El Tratado Espinosa — Bonifaz no tiene explicación ni disculpa: constituye un triunfo barato y completo para el Perú; y así lo declaró implícitamente esta República, cuando exigió que en el Tratado Herrera — García, constase la condición expresa de que, al no ser ratificado por las Legislaturas respectivas, reviviría la obra inexcusable del Sr. Espinosa.

El Perú se ha mantenido aferrado al triunfo de su Ministro Bonifaz: nada de transacciones amistosas, nada de cambio de árbitro, nada de modificación razonable al pacto, nada de concesiones que rectificaran el error de nuestro Plenipotenciario candoroso, para decir lo menos.

¿Ni por qué había de soltar el Perú la cadena con que consiguiera atarnos su destreza diplomática?

El Sr. Espinosa, digámoslo sin ambages, no supo lo que hizo: se trataba de la vida de la Nación; y sometió esta cuestión de existencia al fallo de un árbitro. — «Resuelve, tú, libre y dictato-

rialmente, si se debe ó no decapitar á mi Patria y borrarla del mapa de las naciones» ¿No significa esto el Tratado Espinosa - Bonifaz ?

Y ello, renunciando tácitamente á derechos adquiridos con la espada y con la justicia ; sujetando torpemente á revisión, lo que ya estaba resuelto y aceptado !

El Sr. Espinosa habría sido emparedado y muerto de hambre, aunque se refugiase en un templo, si hubiera nacido en Esparta y suscrito pacto tan lesivo á los intereses de la República.

El Tratado Herrera - García era la abdicación ; era la renuncia expresa del derecho de vivir ; era el despojo voluntario y cobarde en beneficio del enemigo.

El Ministro Herrera siguió sus máximas piadosas, y entregó humildemente la túnica y el manto que le disputaban, antes que sostener la contienda : ¡bienaventurados los mansos, porque ellos verán á Dios !

Humildad y mansedumbre, paciencia y generosidad, talvez laudables, si se hubiera tratado del patrimonio del bienaventurado Ministro ; pero ¿ se puede renunciar y ceder la soberanía nacional ? Se puede entregar cobardemente el territorio de la Patria al primero que nos lo pide arrugando el ceño ? No tenemos el santo deber de morir en defensa de la integridad y honra de la Patria ?

El Sr. Herrera no lo entendía así ; y tampoco los congresistas archicatólicos que ratificaron

una barbaridad que parte términos con la traición más detestable; y que constituye ahora, el argumento Aquiles del enemigo, contra toda pretensión razonable de nuestra parte.

¿No se contentaron ustedes con la línea que les marcó nuestro Ministro, en asocio del sapientísimo Plenipotenciario Herrera? No aprobaron los más eminentes estadistas conservadores, en ambas Cámaras legislativas, esa monstruosa desmembración que los confinaba á las alturas escarpadas de los Andes, sin acceso alguno á la gran arteria del Amazonas? Por qué razón, hoy día, piden más, mucho más, de lo que en ese entonces les pareció bueno, ventajoso, legal y justo?

Así raciocina el Perú; y, sin embargo, la Legislatura de aquel país rechazó el Tratado Herrera-García, casi por unanimidad: ¡tan seguro tenían el triunfo con el Tratado Espinosa - Bonifaz!

Este rechazo da la medida de la magnitud de los errores del Sr. Espinosa y su partido, en perjuicio de la Patria.

Y, arrastrados por tan leonino pacto, fuimos á postrarnos cabe el trono español, en demanda de justicia.

Inútil la brillante y luminosa defensa del Ministro Vásquez; inútiles el Tratado de Tarqui, y los irrefutables documentos en que nuestros derechos estriban: la sentencia adversa estaba escrita y para ponerse ya á la firma del Real Arbitro.

El Ecuador iba á desaparecer; á convertirse en una diminuta Suiza sudamericana, según la gráfica expresión del Ministro Pérez Caballero: íbamos á reducirnos á los fríos pajonales de la cordillera, y á las montuosas pendientes de los contrafuertes andinos.

¡ Adiós, Ecuador del porvenir! Adiós esperanzas de engrandecimiento y prosperidad futuras!

Los santos, los impecables, los Macabeos del templo ecuatoriano, los defensores de la fe, los devotos de *García el Grande*, los hijos sumisos y amados del papa, nos habían entregado y vendido al enemigo!

El pueblo rugió de cólera santa y sublime; el pueblo se elevó á las épicas alturas del patriotismo; el pueblo se dispuso á verter su sangre por la Patria; mas, el Perú estaba ahí, sonriente y soberbio, armado con el inicuo Tratado que era más temible que sus cañones, porque significaba una fuerza moral y jurídica que el conservatismo ecuatoriano, traidoramente, puso en sus manos.

¿ Transacción, avenimiento, arreglos directos?— Nada: aquí tengo el triunfo, decíanos el enemigo, enseñándonos el malhadado Pacto. ¿ Qué necesidad tengo de entrar en componendas, si soy dueño de la victoria, si vosotros mismos os habéis echado el dogal al cuello?

Pero, por fortuna, gobernaba ya el Partido liberal; y la entereza y altivez de los nuevos gobernantes, dieron por el suelo con las esperanzas y el orgullo del enemigo.

El Jefe del Estado no se anduvo en contemplaciones y levantó la voz muy alto, como debe hacerse siempre y cuando se trata de la Patria. Los *Mensajes* del General Alfaro al Congreso, tuvieron una resonancia inmensa, y repercutieron en el Palacio mismo de Su Majestad Católica.

El Real Arbitro declinó el cargo de Juez; y el vergonzoso Tratado Espinosa - Bonifaz, la obra más perfecta del conservatismo, dejó de existir para siempre.

El Régimen liberal salvó á la República, cuando ya estaba tendida en la sepultura que el Régimen conservador le había preparado con su pacto oprobioso.

El liberalismo en el poder, ha hecho que el mundo fije la mirada en la República del Ecuador; y siga con atención todos los pasos que, en los últimos quince años, hemos dado en el camino del progreso.

Hoy somos ya conocidos: ya se sabe el punto preciso del globo en que está el Ecuador, cuyos habitantes - lejos de vestir plumas y gastar flechas enherboladas - han alcanzado ya una muy notable cultura y aspiran á la perfección social.

Nuestras relaciones con los más grandes é ilustres pueblos de Europa y América, son cordiales; y se han estrechado más los lazos de fraternidad entre las Repúblicas que formaron la Colombia gloriosa y grande del Libertador Bolívar.

El nombre del Ecuador figura, pues, con ventaja en el rol internacional, merced á la acción política de los gobiernos liberales que han roto la clausura monástica anterior, y arrasado las murallas que el conservatismo, al modo de los soberanos del imperio celeste, había construído para separarnos del mundo.



*

* *

Las reformas liberales se han reflejado en el creciente bienestar y prosperidad del país, en su adelanto material, y en el prodigioso aumento de la riqueza pública.

El estado de la Hacienda es el termómetro del desarrollo de una nación: el monto de los recursos fiscales señala y demuestra el acrecentamiento de la producción, el equilibrio económico general, la exhuberancia de vida en el trabajo y en la industria de las colectividades.

Es un error creer que se aumentan las entradas del Erario, solamente con redoblar los impuestos: todo lo contrario; pues los economistas han observado que los beneficios del Fisco están, muchas veces, en razón inversa de la cuantía de los gravámenes.

Y la explicación es clara y muy obvia : las contribuciones excesivas limitan la producción ; porque, como causan necesariamente un aumento en el precio del producto gravado, restringen el consumo, poniéndolo al alcance sólo de fortunas determinadas.

Además, estos artículos, encarecidos por el mayor gravamen, vienen á ser un estímulo poderosísimo del contrabando ; y por lo mismo, ocasionan la ruina de la industria y del comercio que no pueden competir con los productores y negociantes de mala fe.

Y tanto la limitación de la producción, como el arruinamiento del comercio y la industria, dan por resultado indefectible la baja en los beneficios fiscales ; probándose así la verdad de la tesis económica que hemos sentado.

Hacemos estas ligeras reflexiones, porque no faltará quien nos diga que el admirable acrecentamiento de los ingresos públicos — con los que vamos á demostrar la prosperidad del Ecuador — nacen de la multiplicación de los impuestos ; acusación que ya le dirigen al gobierno liberal, escritores profanos en las ciencias económicas y administrativas.

El Ecuador — digámoslo de paso — es uno de los países que menos contribuciones paga ; pero, nuestros impugnadores no han visto, ó no han querido ver, las estadísticas comparadas, de los impuestos que pesan sobre las demás naciones. Es muy fácil escribir, como aquí se escribe para

combatir á un gobierno ; pero, todas esas vanas declamaciones se deshacen ante la crítica científica y el examen ilustrado y sano.

Decíamos, pues, que la cuantía de las rentas fiscales demuestra la prosperidad de la nación ; y así es la verdad, porque ello significa que el contribuyente produce y consume, y que no es víctima de la inercia y de la miseria.

La inactividad y la mendiguez jamás podrían satisfacer pecho alguno, por pequeño é insignificante que fuese : solamente el trabajo lucrativo, el comercio ganancioso, la energía productora, la holgura individual, son capaces de contribuir á los gastos del Estado, sin privarse de su propia existencia.

Y el Régimen liberal ha puesto todos los fundamentos que tenía en su mano, para obtener la prosperidad ecuatoriana ; y á estas causas se han de atribuir los maravillosos efectos que hemos logrado en tan pocos años.

Las leyes, como lo hemos visto ya, han dignificado y protegido el trabajo, concedido amplias seguridades y garantías á la industria y á la inventiva, inspirado la más plena confianza al capital extranjero, abierto las puertas de la República á los inmigrantes, protegido de manera especial el comercio, facilitado el movimiento mercantil con el Talón de oro y las vías de comunicación fácil y económica ; y todos estos factores eficaces de progreso, nos han proporcionado pingües y tempranos frutos de prosperidad y riqueza.

El espíritu tradicionalista ha presentado tenaces resistencias á toda mejora, en el seno del Parlamento, en la Prensa, hasta en la Cátedra sagrada; y le ha obligado al liberalismo á sostener batallas diarias para conseguir la realización de sus útiles proyectos.

Hasta el establecimiento del Talón de oro, beneficio trascendental y positivo para todos, fue objeto de vivas y ardientes oposiciones: el *nihil innovetur* teológico, se aplicó aun á cuestiones meramente económicas y comerciales.

Empero, las ideas liberales se han impuesto y vencido todo género de resistencias; y apenas transcurridos tres lustros, estamos palpando ya las inapreciables ventajas del nuevo régimen.

Los argumentos numéricos son irrefutables; y, por lo mismo, vamos á copiar los datos estadísticos relativos á las rentas nacionales, desde 1884 hasta el advenimiento del Partido Liberal; y sin tomar en cuenta las exiguas entradas del Fisco, en los anteriores años.

PRODUCTO DE LAS RENTAS FISCALES
durante los mejores años del Régimen conservador:

		Totales	
1884	Aduanas.	\$ 1'891.286,05	
„	Rentas Fiscales.	805.206,79	\$ 2'696.492,84
1885	Aduanas.	1'343.490,47	
„	Rentas Fiscales.	1'142.980,93	2'486.479,40
1886	Aduanas.	1'775.195,70	
„	Rentas Fiscales.	1'090.587,50	2'865.783,20
1887	Aduanas.	3'387.974,13	
„	Rentas Fiscales.	1'360.659,74	4'748.633,87
1888	Aduanas.	2'816.688,86	
„	Rentas Fiscales.	1'230.555,09	4'047.243,95
1889	Aduanas.	1'715.531,26	
„	Rentas Fiscales.	1'065.192,65	2'780.723,91
1890	Aduanas.	3'208.288,81	
„	Rentas Fiscales.	974.292,38	4'182.581,19
1891	Aduanas.	2'499.669,43	
„	Rentas Fiscales.	1'084.696,40	3'584.365,83
1892	Aduanas.	2'520.130,20	
„	Rentas Fiscales.	1'279.173,60	3'799.303,80
1893	Aduanas.	3'030.334,20	
„	Rentas Fiscales.	1'295.367,66	4'325.701,86
Del 19 de Junio de 1895 al 31 de Julio de 1896 :			
Administración del General Alfaro.			
	Aduanas.	3'974.586,37	
	Rentas Fiscales.	1'154.037,67	5'128.624,14

Ahora, permítasenos copiar también el cuadro de las rentas nacionales, desde que se constituyó el gobierno regenerador; á fin de que cualquiera pueda hacer la comparación debida.

PRODUCTO DE LAS RENTAS FISCALES durante el Régimen liberal:

Años	Importación	Exportación	Otras rentas	Totales
1897	\$ 4'687.338,50	\$ 894.192,22	\$ 1'351.177,99	\$ 6'932.708,71
1898	4'936.073,13	1'109.277,72	1'556.619,31	7'601.970,16
1899	4'975.963,89	1'184.315,04	1'548.158,28	7'708.437,21
1900	5'869.535,33	1'536.557,25	1'788.044,19	9'194.130,77
1901	5'126.920,52	2'142.705,07	1'697.991,00	8'967.616,59
1902	4'943.286,97	2'327.969,39	1'950.799,18	9'222.055,54
1903	5'781.630,20	2'304.873,53	1'938.133,86	10'024.637,59
1904	5'033.260,09	1'744.800,33	2'049.368,83	8'827.429,25
1905	5'939.651,50	1'815.246,37	2'358.680,35	10'113.578,22
1906	6'351.100,89	3'780.288,06	2'708.366,20	12'839.755,15
1907	6'873.375,26	2'313.278,48	2'750.921,04	11'937.574,78
1908	6'224.825,52	3'382.585,31	3'132.078,24	12'739.489,07
1909	8'091.007,21	4'230.253,21	4'049.438,48	16'370.698,90

No tenemos necesidad de hacer notar la enorme diferencia entre las cifras anteriores, y las que constan en las Memorias de Hacienda, publicadas por nuestros gobiernos conservadores; cifras que dejamos también copiadas.

Basta saber que el producto de Aduanas se ha elevado á ocho y nueve millones; y que la totalidad de los ingresos asciende hoy día, á quince y diciseis millones de sucres; en tanto que el máximun de las entradas fiscales, durante la dominación conservadora, apenas si alcanzaba á cuatro millones!

Muy digno de llamar la atención el hecho de que, apenas colocado el Partido liberal en el poder, á pesar de la guerra y las conmociones polí-

ticas de 1895, las entradas se hubieran elevado rápidamente, hasta pasar de cinco millones: ¿cuál la causa de este aumento rentístico tan admirable?

La respuesta es demasiado natural y espontánea: el más acertado manejo de la Hacienda, el mejor desempeño en la recaudación, la mayor honradez de los agentes del Fisco, explican satisfactoriamente el referido aumento de los caudales públicos.

Y estas circunstancias, unidas al desarrollo y acrecentamiento progresivos del comercio y de las industrias, de que ya hemos hablado, han producido la actual increíble prosperidad de la República.

Y, si la oposición conservadora hubiese cooperado en los Congresos, á la reforma radical de las leyes fiscales; si, lejos de *hacer política* y promover tempestades, hubiera contribuído á echar por tierra el vicioso y erróneo sistema rentístico que aún impera en la República; si, abandonando la perniciosa labor obstruccionista, hubiese pensado el conservatismo en los verdaderos intereses de la Patria, nuestra situación económica sería mejor y mucho más desahogada y brillante.

Puede decirse que el Partido liberal ha hecho el bien, contra viento y marea, venciendo las dificultades y obstáculos que á cada paso le presentaba su adversario político, por aferramiento á la tradicional rutina, ó quizá por espíritu de contradicción sistemática, y aun de emulación envidiosa y rastrera.

Las rentas naturales de la Nación bastan y sobran para llenar sus necesidades ; pero, el conservatismo — ; siempre el conservatismo ! — no ha cesado un instante en sus maquinaciones revolucionarias, y le ha obligado al Gobierno á malgastar los fondos públicos, ya en dispendiosas guerras, ya en mantener una como *paz armada*, dentro de la República.

Los quebrantos económicos, las angustias fiscales, los empréstitos desventajosos, al bando conservador se deben ; á su incansable labor subversiva, á su incesante guerra santa, á su permanente amenaza contra la pública tranquilidad y el orden constituido.

El primer deber de un gobierno es defender la Constitución y las leyes, mantener la autoridad con todas sus prerrogativas, garantizar la paz y el reposo de los asociados ; y para el cumplimiento de esta obligación primordial, háse visto el Gobierno compelido, forzado á invertir grandes caudales, sumas ingentes, en gastos militares extraordinarios, cuando habrían podido utilizarse más provechosamente, bajo el imperio de la normalidad y de la paz, en promover y fomentar el engrandecimiento nacional.

¿ Cuánto, cuánto bien no se hubiera proporcionado al país, con el dinero empleado en sostener un crecido Ejército, comprar armas y municiones, movilizar constantemente fuerzas militares, inspeccionar y vigilar las fronteras, rechazar invasiones, en una palabra, contrarrestar las hostilidades del tradicionalismo, durante tántos años de lucha pérfida y sin tregua ?

*
* *

El Partido liberal se ha mantenido con el arma al brazo, y el enemigo al frente; y, sin embargo, ha realizado mejoras que lo inmortalizarán en la memoria de los ecuatorianos.

El Ferrocarril Trasandino es más que suficiente para que el nombre del General Alfaro dure tanto como nuestra historia; porque — á pesar de contrariedades que para cualquier otro habrían sido insuperables — el Caudillo de la Regeneración ha satisfecho el más vehemente de los anhelos de sus conciudadanos, la necesidad más urgente y vital de la Patria.

Unir la costa con la escarpada cumbre de los Andes, por medio de las paralelas de acero; hacer oír el silvido civilizador de la locomotora, en las más altas quiebras de la cordillera; facilitar el cambio de productos y el movimiento comercial entre la sierra y las orillas del Océano, ha sido el más bello sueño, la aspiración más patriótica de todos los buenos hijos de la República.

Pero, la falta de crédito de la Nación, la escasez de sus recursos ordinarios, la carencia de vigor y entusiasmo en los administradores de la cosa pública, las mismas dificultades que oponía la naturaleza, hacían de aquel sueño facinador, una quimera, una esperanza loca, una idea irrealizable.

¿Quién era capaz de tomar sobre sus hombros, una empresa tan colosal, sin contar con las fuerzas indispensables para sostenerla y sacarla avante?

La sublime terquedad del General Alfaro se salió con la suya; y la locomotora está recorriendo — á la vista de los incrédulos que tachaban de locura el empeño del gobierno liberal — está recorriendo, decimos, la línea férrea que une la Capital del Comercio á la Capital del Estado, como lo anhelaba el patriotismo.

Con la azada en la una mano, y el fusil en la otra; como si dijéramos, entre combate y combate; sin dinero y sin crédito, el Partido liberal ha vencido las resistencias de la naturaleza y de los hombres; y la *obra redentora* está ahí, prestando sus inmensos servicios á la prosperidad del país.

No nos toca analizar la bondad técnica de la vía, ni defender ni acusar á los empresarios; pero, sí llamaremos la atención del público, hácia los positivos beneficios que la Nación ha reportado del Ferrocarril, despectivamente llamado *de Harman*.

Cierto, muy cierto que dicho Ferrocarril deja todavía mucho que desear; pero, no es menos

cierto que ha cuadruplicado la riqueza ecuatoriana, en los pocos años que lleva de servicio.

El aumento de la producción agrícola es creciente; el valor venal de las cosas sube y sube de manera prodigiosa; hay, ahora, trabajo y buen salario para todos; el porvenir económico se presenta halagador y risueño por todas partes.

Injusticia, descomunal injusticia, el condenar esta obra gigantesca, sólo porque no tiene aún toda la perfección que adquirirá con el tiempo, como ha sucedido con todos los ferrocarriles del mundo.

Y, luego ¿cuánto cuesta el Ferrocarril Trasandino para que la oposición lo mire como un factor de ruina y bancarrota para la República?

Doce millones de pesos en papel-fiduciario: doce millones nominales; puesto que esos bonos se lanzaron al mercado con un descuento considerable. Doce millones, en papel que la Nación podría recoger por la mitad de su valor; y redimirse de este crédito que los opositoristas exageran y abultan hasta los últimos términos.

Podríamos comprobar, con numerosísimos documentos, que el *ferrocarril de Harman* — como dicen los enemigos del General Alfaro — es el más barato de América; pero, nos contentaremos con copiar los siguientes *datos oficiales*, sobre el costo de la línea férrea que más se asemeja á la de Guayaquil y Quito; puesto que atraviesan ambas las más altas y abruptas montañas de los Andes, y manifiestan cuánto de prodigioso puede ejecutar el ingenio de los hombres, en su lucha con la naturaleza.

COSTO DEL FERROCARRIL DE LA OROYA

en las tres secciones que se expresan:

Ferrocarril del Callao á la Oroya:

Tiene una extensión total de 222 kilómetros.

Contratado en el año 1870.

Propiedad del Estado.

Lo explota «La Peruvian Corporation».

Tiene 22 Estaciones.

Costo de la construcción £ 4'360.000

Ferrocarril de la Oroya á Cerro de Pasco:

Extensión total de la línea, 132 kilómetros.

Construido en 1904.

Propiedad particular.

Lo explota «La Cerro de Pasco Railway C^o»

Tiene 5 Estaciones.

Costo de la construcción £ 4'643.380

Ferrocarril de la Oroya á Huari:

Extensión total de la línea, 20 Kmtrs. 560.

Construido en 1906.

Propiedad del Estado.

Lo explota «La Peruvian Corporation».

Tiene 2 Estaciones.

Costo del Ferrocarril £ 83.953

Total £ 9'087.333

<i>Resumen:</i>	<i>Extensión:</i>	<i>Costo:</i>
Ferrocarril del Callao á la Oroya, 222 k.		£ 4'360.000
„ de la Oroya á Cerro		
de Pasco,	132 „	4'643.380
„ de la Oroya á Huari, 20 „, 560		83.953
		<hr/>
	374 k. 560—	£ 9'087.333

Nuestro Ferrocarril tiene 460 kilómetros, es decir, 85 kilómetros más que el Ferrocarril peruano que hemos tomado como punto de comparación; y, sin embargo, cuesta apenas *doce millones* de pesos, en papel; es decir, casi una *bicoca*, si atendemos á los *nueve millones de libras* invertidas en la construcción de la línea de la Oroya.

He ahí como se demuestra la falsedad, la injusticia, con que la oposición procede en sus declamatorias acusaciones contra el gobierno que ha realizado esa obra, admirada y aplaudida por todo viajero extranjero que recorre la vía trasandina.

¿Que la Compañía del Ferrocarril abusa, que no ha cumplido aún todas las obligaciones que se impuso en los respectivos contratos? —Pues, nada más fácil que cortar esos abusos, que exigir el cumplimiento de lo que reste todavía por ejecutarse; pero, todo esto no quiere decir que el Ferrocarril sea *un mal* para la República, como la oposición lo afirma, dando idea muy desfavorable de la cultura del país.

Los viajeros extranjeros se llenan de asombro al contemplar la ascensión de la locomotora, desde las orillas del mar hasta increíbles alturas, al través de abismos y quiebras pavorosas, desfiladeros emocionantes, rocas gigantescas, ríos y torrentes, cimas heladas y desiertas, parajes que se dirían inaccesibles á ese monstruo de acero que transporta sobre sus lomos ígneos y palpitantes, la civilización y la riqueza, hasta los más apartados confines de la tierra.

Los viajeros extranjeros siéntense poseídos de la mayor admiración, ante obra tan prodigiosa; en la que, á cada paso, ha sido subyugada la naturaleza por el genio del hombre. Y, llenos de entusiasmo, prodigan mil encomios al gobierno que ha sido capaz de construir una vía férrea semejante; y la califican, con justicia, como el más grande y duradero monumento de gloria para el liberalismo ecuatoriano.

Y tómese en cuenta la limpieza con que han procedido los hombres del gobierno alfarista, en todo lo relacionado con el Ferrocarril Trasandino; y se verá que el único móvil ha sido el patriotismo; la única norma de conducta, la más acrisolada honradez.

Muchas calumnias ha propalado la oposición conservadora; muchas acusaciones torpes, inverosímiles, infames, ha formulado el bando de la difamación; pero, todas ellas han caído pulverizadas por la opinión pública, ante las pruebas incontrovertibles de la absoluta honorabilidad de los acusados.

Hasta se atrevieron á sostener que el Caudillo liberal, el hombre inmaculado y probo, era socio en la Compañía del Ferrocarril; que había recibido millones de dólares de los empresarios, etc.; pero, el honorable anciano descendió del poder con las manos vacías, y refutó victoriosamente á sus calumniadores, con su honrada pobreza que rayaba en la estrechez más angustiosa.

Y los mismos que lo habían denigrado, afirmando que estaba riquísimo con los pingües productos del peculado, insultáronle después por su

falta de recursos : hicieron burla amarga de la pobreza del expresidente ; lo que valía tanto como confesarse calumniantes y cobardes.

Lo más admirable, lo más inexplicable y raro, es que los difamadores del General Alfaro, eran los mismos que habían intervenido en peculados verdaderos é irrefutables; ó por lo menos, defendido con descaro aquellos hechos escandalosos de otros gobernantes.

Los que aplaudieron las *finanzas* de Kelly ; los que hallaron magnífico el empréstito de los *nueve millones*, evaporados antes de llegar al Ecuador ; los que anduvieron mezclados en estas y otras operaciones de indecorosa especie, fueron los que más gritaron contra la supuesta culpabilidad de Alfaro y sus colaboradores !

Esa ha sido la suerte de los liberales : los ladrones, ó defensores de los robos más vergonzosos y comprobados, han querido manchar nuestra honradez, con las más infames calumnias ; los verdugos de otros tiempos, los que llevan todavía huellas de sangre en las manos, los ensalzadores del patíbulo, nos llaman asesinos y sanguinarios ; los esclavos de todos los tiranos, los incensadores de todos los que nos han oprimido, los que se han alimentado siempre con el salario del esbirro, son los que hoy claman contra la *tiranía* de Alfaro !

Tentados estamos de citar nombres propios ; y decirles á los que tantas calumnias escriben ahora : «Tú ¿ no defendías á Caamaño, no recibías sueldo de Veintemilla, no comías después el pan que te alargó Alfaro ? »

«Y, tú, el de más allá, ¿has tenido otro oficio en tu vida, que insultar por la paga, defender el pro y el contra á destajo, llenarte la andorga con los retazos de la honra ajena y de tu propia conciencia? »

«Y, tú, el que alardeas de independencia de carácter y de inflexibilidad de principios, ¿no eres el mismo eunuco de todos los déspotas, el que has aplaudido todos los desmanes y todos los crímenes de los gobernantes? »

«Y, tú, *defensor de las públicas libertades, amigo del pueblo y demagogo* de hoy, ¿no llevas dentro de la camisa, colgado al cuello, entre escapularios y medallas, el retrato del *Héroe-Mártir*, como de santo de tu devoción predilecta? No defiendes la memoria y la doctrina del gran tirano? »

«Y, tú, que *predicas la virtud* y te escandalizas de cualquier infracción de un soldado liberal ó de un empleado público, que llenas las columnas de tu diario con alardes de pudor ofendido, y de maldiciones contra la *inmoralidad reinante*, ¿no eres el mismo que andas en procesos criminales, ó siquiera en lenguas, por tu mala conducta? No estás acusado de hechos bochornosos, feos; los que, si han quedado impunes, es sólo por tus componendas con otros gobernantes? . . . »

Sí, tentados nos hemos visto de hacer un llamamiento de pícaros; y obligarlos á desfilar ante la opinión pública, cargados con su pasado y su presente; para que se vea y palpe la laya de hombres que hoy oprobian y calumnian al Régimen liberal.

Tentados hemos estado ; pero rechazamos la tentación, por decoro propio y respeto al nombre de la Prensa ecuatoriana.

Pasemos más bien á otro asunto.

El Ferrocarril de Bahía á Quito, es otra mejora utilísima y grandiosa. La locomotora cruzará, derramando el movimiento y la vida, por la rica y extensa provincia de Manabí ; por los inmensos bosques que cubren todo el ascenso á la cordillera, y que producen maderas preciosas, cautchuc, cacao, café, caña de azúcar, y los frutos más variados y abundantes ; por las dilatadas mesetas y fértiles valles andinos, adecuados para la industria pecuaria y el cultivo de cereales ; en fin, unirá el centro de la República con uno de los mejores puertos ecuatorianos, llamado á ser emporio del comercio, en un día ya muy cercano.

Y, en espera de este halagador suceso, el Régimen liberal ha contratado el ahondamiento de la bahía, y la construcción de las mejores obras que faciliten el tráfico marítimo en dicho puerto.

Persuadido el gobierno liberal de que las vías de comunicación son tan necesarias á los pueblos, como las arterias al cuerpo humano, ha iniciado negociaciones para prolongar el Ferrocarril de Guayaquil, hasta Ibarra ; y el de Puerto Bolívar, hasta las provincias azuayas, ricas en minas y dotadas de todos los elementos deseables, para alcanzar en breve la mayor prosperidad y cultura.

Nada, nada ha descuidado el Régimen liberal.

Ha tomado la iniciativa y la protección de todas las mejoras materiales, de todas las obras de pública utilidad: agua potable, saneamiento de Guayaquil, puentes, caminos de herradura, construcción de cuarteles, embellecimiento de las poblaciones, parques, jardines, monumentos; en todo ha pensado y puesto mano eficaz el gobierno regenerador.

No hay casi población que no haya sido dotada con edificios públicos, comprados ó construídos por la Administración liberal; edificios que se han destinado para escuelas y colegios, para despachos de las gobernaciones y jefaturas políticas, para asilos de beneficencia y planteles de bellas artes, etc. A pesar de las constantes angustias del Fisco — causadas por el conservatismo militante — el Régimen actual ha esmerado su empeño por las mejoras útiles y materiales en todos los ámbitos de la República.

La Exposición Nacional con que celebramos el glorioso Centenario de nuestra emancipación política, manifestó al mundo nuestros rápidos adelantos; y, por primera vez, vimos que acudían las naciones extranjeras á tomar parte en el certamen de nuestras labores y nacientes industrias. El Ecuador dió, con esta exhibición de sus riquezas naturales y de sus nobles esfuerzos por el progreso, un paso colosal; y se conquistó las simpatías de los demás pueblos, cuya atención llamó y cautivó, mostrándose digno del aprecio universal.

El liberalismo en el poder, ha cumplido su brillante programa, de la mejor manera que le ha sido posible; y á despecho de la tenacidad y pertinacia de los tradicionalistas en oponerse á toda reforma, á toda mejora, á todo adelanto.

¿Qué no hubiera podido efectuar, si el bando vencido se hubiera alzado á la altura de los deberes que impone el amor á la Patria?



*
* *

Cuando el sol toca á su ocaso, las sombras aumentan por momentos é invaden, agigantándose, todos los dominios de la luz.

Los reptiles despiertan; y, á favor de la creciente oscuridad, se desparraman ansiosos de hincar el venenoso diente en la víctima indefensa.

Como en la naturaleza, hay crepúsculos y oscuridades en la vida de los hombres públicos; y esas horas tenebrosas son el tiempo propicio á los ruines y á los cobardes, y también á la ingratitude y á las decepciones.

El descendimiento del poder es la suprema prueba por la que pasan los magistrados más ilustres; porque nunca, como entonces, necesitan mayor suma de virtud y grandeza de alma, mayor vigor moral y heroísmo, mayor desprecio de la iniquidad y las vilezas humanas.

La venganza de los chacales — largo tiempo comprimida por el miedo — se aguijonea y estalla, cebándose en el caído, con el carnizamiento propio de los chacales.

Los falsos amigos — esos que sirven y adulan por el lucro — como nada tienen ya que esperar del que baja del poder, vuelven en las espaldas y le niegan; cuando no se unen á los lapidadores de la víctima, y le arrojan también la piedra del oprobio.

La bajada del poder, es la expiación forzosa de la celebridad y de la gloria; la vía crucis por donde se vuelve siempre al silencio del hogar, como si fuera indispensable completar con el martirio los servicios prestados á la patria.

Y en nuestras incipientes nacionalidades — hervidero de odios y ambiciones sin freno — descender del poder, es partir al ostracismo ó subir á la cruz; es colocarse de blanco á todos los tiros, y saborear todas las amarguras; es quedarse fuera de las leyes, y excluído hasta de esos miramientos que los pueblos cultos dispensan á sus más grandes enemigos.

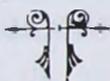
Casi nadie se acerca al caído; casi nadie recuerda sus beneficios; casi nadie confiesa que en mejores días, le colmó de elogios; casi nadie reconoce sus méritos y sus virtudes.

Solitario, cruza el gran proscrito su camino de espinas, bajo la cobarde lluvia de infames denuestos, en medio de la grito infernal de las pasiones desatadas; y para no doblar la frente en situación tan dolorosa, necesitase en verdad, tener el alma de acero y de diamante.

Para nosotros, Bonaparte fue más digno de admiración, en la desesperante soledad de Santa Elena, que en medio de la épica grandeza de sus triunfos legendarios.

Mostrarse altivo y sereno ante la injusticia de los hombres; alargar sonriente la mano á la copa de cicuta, castigo nefando á la virtud y á la sabiduría; abrumar con olímpico desprecio á los villanos que abofetean impunemente al caído; mirar con desdeñosa conmiseración al amigo que traiciona, ó se avergüenza de manifestarse leal y agradecido; sublimar la paciencia hasta el heroísmo, y sufrirlo todo, apelando al recto juicio de la posteridad, ciertamente, es propio sólo de esos varones superiores, acrisolados por las virtudes y dignos de la inmortalidad.

¿ Cuántos, cuántos son los que pueden resistir tan terrible prueba, y salir del llameante crisol, dignos de la Humanidad y de la Historia ?



*
* *

El Sr. General Alfaro sabe ya lo que significa descender del poder : el anciano ilustre ha sufrido todas las injusticias de sus conciudadanos, todas las deslealtades de sus más favorecidos, todos los ruines ataques con que la cobardía y la vileza hieren y agobian al caído ; y, sin embargo, hase mantenido siempre grande en medio del infortunio, siempre incommovible y en alto, como roca vanamente combatida por las olas tempestuosas del Océano.

El hombre mismo á quien elevó al poder, lo vendió y escarneció villanamente : se mancomunó con los enemigos de su benefactor y no perdonó medio, por indigno que fuese, para atormentarlo y cubrirlo de baldón.

Los más encarnizados verdugos del Sr. General Alfaro, debíanle su existencia política : hábials levantado del polvo y convertídoslos en hombres públicos, sin que lo merecieran.

Los que á diario le hartaban de improperios y lo calumniaban de todos modos, habíanle incensado de rodillas y cantádole loas sin descanso.

Los que pedían el destierro y aun la muerte para el Regenerador de la República, fueron los mismos que le habían servido incondicionalmente ; pero que después, creían necesario ganarse el pan con la traición y la felonía.

Misérias comunes en la historia de los pueblos ; mas, los traidores al Caudillo liberal, esmeraron de tal manera la negrura de sus infamias, que ellos mismos se grabaron el estigma indeleble de Caín y de Izcariote.

La traición y la ingratitud, unidas al odio implacable del clericalismo vencido, formaron aquella tempestad que azotó furiosa al Viejo Luchador, durante cuatro largos años, sin conseguir abatir su noble frente, siempre levantada y serena, apesar del huracán y del rayo.

Pobre, hasta rayar en la miseria, era él mismo, la prueba palpitante de su honradez en el manejo de los caudales públicos ; y á cada instante, ponía en evidencia la perversidad de los que pretendían manchar su proverbial limpieza.

La dignidad y decoro del inquebrantable perseguido—fruto evidente de un carácter superior y de virtudes extraordinarias—eran la refutación viviente de todas las acusaciones con que la procacidad y el rencor de sus enemigos, le hostigaban sin escrúpulos ni tregua.

Creíasele abandonado y solo, en el furor de la tormenta ; pero, el pueblo que reacciona siempre en favor de la inocencia oprimida, el pueblo que palpaba la maldad de los perseguidores del egregio ciudadano que tantos beneficios había hecho á la Nación, el pueblo que lleva ingénito el sentimiento de la justicia, levantóse un día contra los traidores, y colocó de nuevo en el poder, al esclarecido anciano, encomendándole la tarea de llevar adelante la regeneración de la patria.

Jamás hubo movimiento político más espontáneo ni más rápido ; jamás costó menos una transformación gubernativa en el Ecuador, desde que se erigió en nación independiente.

La voluntad popular se impuso.

El mérito sobresaliente del Caudillo fué reconocido en todos los ámbitos de la República ; y la *Campaña de veinte días* consagró la popularidad y el prestigio del Sr. General Alfaro, á despecho de todos sus detractores.

¿ Puede un hombre común, sin inteligencia y sin virtudes, cambiar la faz de un Estado, en el corto lapso de veinte días ?

Puede realizarse esta obra increíble, sin el decidido apoyo de los pueblos, sin iniciativas inteligentes, sin valor á toda prueba, sin una superioridad indiscutible ?

Pero, los vencidos de Enero de 1906, no obstante la generosidad y nobleza del magnánimo anciano, formaron bando aparte ; bando animado por odio tenaz y frenético, hasta llegar á unirse con el clericalismo, en coalición absurda y criminal.

De entonces acá, se ha visto lo inverosímil, lo que no cabía en las mayores aberraciones de la política más apasionada: los radicales disidentes y los ultramontanos terroristas, laborando juntos por derrocar el Régimen liberal, y tornar al antiguo caos, á la esclavitud tenebrosa y cruel, destruída por la espada de Alfaro!

¡ Insensatos ! ¿ Quieren reconstruir las cadenas que hemos rotpido en tantos años de lucha con el tradicionalismo ?

¿ Quieren ayudar á los terroristas á levantar otra vez el cadalso, regado con la sangre de tantos mártires de la libertad ?

¿ Quieren contribuir á que se abra una era nueva de proscripciones y torturas, de ignominias y oprobio ?

¿ Quieren la restauración del fanatismo religioso, de la superstición y la intolerancia de la clerecía ?

¿ Quieren el suicidio, por vengarse de Alfaro, por ambición de círculo, por pasiones raquícas y tontas ?

¡ Insensatos ! Se están cavando su propia sepultura y la de la Patria !

Y los aliados no se han dado punto de reposo en su obra de zapa: dicterios, calumnias, asechanzas, tentativas de asesinato, revueltas á mano armada, complots parlamentarios, han sido — y son todavía — los cimientos de la conspiración constante de los coalicionistas, contra el Gobierno del Viejo Luchador y su política regeneradora.

Trás la difamación, el asesinato ; trás la calumnia, la revolución liberticida : la cadena de iniquidades no se ha interrumpido durante todo el período constitucional presente.

Y, ahora, que la segunda administración del Caudillo liberal está para terminar, la coalición bate palmas, esmera sus ataques, y se prepara á despedazar á su noble víctima, en cuanto descienda del Poder.

El Sr. General Alfaro conoce ya lo que pueden y lo que ejecutan los odios políticos contra el caído ; y, sin embargo, la conciencia tranquila, la frente serena, la sonrisa en los labios, el invencible Viejo ha principiado á bajar los peldaños del Capitolio

Ni temor ni venganza : su pecho no alienta sino sentimientos hidalgos y grandes.

Ve venir la tempestad, oye el fragor del trueno ; pero, ni se conmueve ni lo extraña : sabe que el martirio es el mejor galardón de los buenos servidores de la Patria.

· La historia le muestra la senda de dolores y desengaños, recorrida por todos los hombres superiores ; y se resigna filosóficamente á su destino.

Pronto, muy pronto se hará el vacío, en torno del preclaro anciano : la ingratitude está ya levantando la cabeza, al pie del mismo solio ; y quiera Dios que la traición no vuelva otra vez á coronarlo de espinas !

Cuando el sol toca ya á su ocaso, y las sombras aumentan por momentos ; cuando la amistad

principia á enmudecer, como espantada ante el mañana dudoso y sombrío, hemos querido nosotros enumerar, siquiera sea ligeramente, los grandes beneficios que el caudillo liberal ha hecho á su Patria.

Justo es que, en medio de la vocinglería enemiga, haya una voz que ponga la verdad en su puesto ; que haya quien se diriga á la sensatez y justicia de los ciudadanos, y les señale irrefutablemente todo lo que la Nación le debe al fundador del liberalismo ecuatoriano.

Hemos escrito — sin salirnos una línea, de los términos de la verdad — el balance de las obras del uno y del otro partido político que se disputan el predominio en la República ; de los dos partidos históricos, divididos hoy, no sólo por la valla de principios diametralmente opuestos, sino por esos abismos insondables que, en todos los países y en todas las épocas, han abierto las discordias civiles.

Sin embargo, ni el odio ni la venganza han guiado nuestra pluma ; pues somos de aquellos escritores que comprimen y dominan sus sentimientos, siempre que se dirigen al pueblo, al que no debe decirse sino lo cierto y lo justo.

Sabemos bien que nuestro humilde escrito nos concitará el rencor de los tradicionalistas ; y que seremos víctimas de esos ataques personales y canallescos que son el arma preferida de nuestros adversarios. Pero, cuando se trata de rendir el culto debido al mérito de un ciudadano ilustre, cuando se ha de proclamar la verdad en voz alta ; cuando se escribe para la historia, de

ningún modo puede hacernos retroceder la desafortada grito que tantas veces ha resonado en nuestros oídos.

Acostrumbrados á la lucha ; perseguidos por la difamación frailesca, por la calumnia infame, por la cobarde diatriba, llevamos ya acorazada el alma contra las flechas de nuestros bárbaros ; y no dejaremos jamás de llenar nuestras obligaciones de gratitud y de justicia, por temor á la ira y á la venganza de los perversos.

Quito, Abril 30 de 1911.

